EL REINO DE
ENEAS



GREDOS

EL REINO DE ENEAS



MITOLOGÍA
GREDOS

Realización: EDITEC
Diseño cubierta: Llorenç Martí
Diseño interior: tactilestudio
Ilustraciones: Elisa Ancori
Fotografías: archivo RBA
Asesoría en mitología clásica: Alba Colomé
Asesoría narrativa y coordinación: Marcos Jaén Sánchez y Sandra Oñate

ISBN (O.C.): 978-84-473-8642-0
ISBN: 978-84-473-9093-9
Depósito legal: B 18057-2017

Impreso en Rodesa

Impreso en España - *Printed in Spain*

Llegarán de fuera quienes han de ser tus hijos,
cuya sangre alzará nuestro nombre hasta los cielos.
Verán los descendientes de su estirpe girar bajo
sus pies sometida a su mando cuanta tierra avista
en su carrera el Sol por uno y otro Océano.

Eneida, Virgilio, libro VII

Dramatis personae

Troyanos y aliados

Eneas – hijo del mortal Anquises y la diosa Afrodita y caudillo de los troyanos, conduce a su pueblo en la búsqueda de una nueva Troya siguiendo los vaticinios del oráculo.
Ascanio – hijo de Eneas y la princesa troyana Creúsa.
Pándaro y Bitias – gemelos capitanes del ejército troyano, conocidos por su proverbial fuerza.
Acates – general troyano.
Evandro – anciano rey de Palanteo y padre de Palante.
Palante – hijo del rey Evandro, luchará junto a Eneas en el lugar de su padre.

Ítalos

Turno – rey de Ardea y jefe del ejército rútulo, espera casarse con Lavinia y subir al trono de Latino.
Lavinia – única hija del rey Latino y la reina Amata.
Latino – rey del Lacio.
Amata – reina del Lacio, esposa de Latino, que trata de impedir la unión de Lavinia con Eneas, pues su intención es casarla con Turno.
Mecencio – antiguo rey de Agila, fue depuesto por sus propios súbditos a causa de su crueldad. Turno lo acogió en Ardea y se convirtió en uno de los capitanes de su ejército.

Camila – reina del pueblo volsco y jefa suprema de su ejército, que se convierte en aliada de Turno.
Tirreo – mayoral del rey Latino, y padre de Almón, cuya muerte desencadena la guerra.
Silvia – hija menor de Tirreo, posee un enorme ciervo domesticado.
Lauso – hijo de Mecencio, con gran nobleza de sentimientos y sentido del honor.

Dioses y criaturas divinas

Hera – señora del Olimpo y diosa del amor conyugal, contraria al pueblo troyano.
Afrodita – madre de Eneas, trata de proteger a su hijo y su nieto de la ira de Hera, pues en los hados está escrito que la gloria de su estirpe será inmortal.
Zeus – señor de los dioses y los hombres y mediador en los conflictos entre ambas diosas.
Alecto – una de las divinidades vengadoras con cabellera de serpientes que siembran el terror y la locura entre los humanos.

1

El fin del éxodo

En las laderas ausonias, a orillas del Tíber, los árboles caían con estrépito para que las hachas troyanas fabricaran las afiladas picas con las que construían la muralla de leño. Mientras unos soldados horadaban la tierra que les serviría de cimiento, otros ensanchaban el foso que la circundaba y que llenaban, voluntariosas, las aguas del Tíber. El resto apuntalaban las torres recién construidas o remataban las chozas con las que sustituían las tiendas que los habían acogido en tierra firme.

Eneas, rey del exiliado pueblo que ahora se afanaba en estos trabajos, veía al fin cumplido el oráculo que le instaba a instalarse con el pueblo dárdano allí donde una cerda blanca amamantara a sus crías, y los hados habían dispuesto que encontrara aquel lugar a la orilla del Tíber. Su presencia casi divina, herencia de su madre Afrodita, diosa del amor, hacía pensar a los dárdanos en los eternos que construyeron las murallas de Troya, su patria, que ardió en llamas tras ser

escenario de la cruenta guerra que enfrentó a hombres y a dioses. Las cenizas de la ciudad, ahora extinguidas, aún quemaban en la memoria del héroe y en la de aquellos que habían escapado del fuego y lo habían acompañado en su viaje.

Eneas recordó, ante el entusiasmo con el que los dárdanos construían la nueva cuidad, a los compañeros que, tras sobrevivir a la guerra de Troya, no lograron hacerlo a la diáspora que siguió a su caída. Incluso su propio padre, el venerado rey Anquises, había perecido en el viaje. Extranjeros en cada tierra que pisaban y fugitivos en la suya, el mar que a nadie pertenecía había sido por largos años su hogar.

No había sido fácil llegar a tierras ausonias, pues la misma ira de la diosa Hera, que combatió a los troyanos entonces, los había seguido hasta ahora y era la causante principal de todas sus desdichas.

Pronto fueron conscientes los dárdanos de que solo la promesa de un adivino no bastaba para que los hados favorables se cumplieran, sino que los hombres estaban avocados a afrontar los reveses de su suerte si querían alcanzar con vida su anhelado destino.

Pero al ver al albo animal tantas veces presagiado pacer salvaje en aquella fértil tierra junto al Tíber, Eneas comprendió que nunca era demasiado alto el precio que el hombre debe pagar para alcanzar al fin el hogar. Sus vicisitudes y las de su pueblo habían terminado, pues no tenía intención de disputarles a otros la tierra que ahora los acogía.

Con ese estado de ánimo recordaba la cálida acogida que le había prodigado el vetusto Latino, rey del Lacio, cuando, tras su llegada a estas tierras, había organizado un banquete en su palacio. Eneas había acudido cargado con ricos presentes,

y le explicó que era voluntad de los dioses que los troyanos se establecieran allí. Por su parte, le aseguró al rey, nada debía temer, solo le pedía que dejara que la renovada Troya pudiera crecer tranquila bajo la sombra del Lacio. Al evocar al rey ítalo, su pensamiento voló hacia su única hija, la encantadora princesa Lavinia. Desde que la conociera en palacio, la sensata hija de Latino acudía con asiduidad a su memoria, pues la suavidad de sus gestos y el afecto que profesaba a su anciano progenitor habían dejado huella en él.

El estruendo de un roble que caía lo sacó de su ensimismamiento. Reprobándose a sí mismo por perderse en ensoñaciones del pasado cuando su pueblo se afanaba en construir su futuro, Eneas se apresuró a tomar el extremo de uno de los cabos que sujetaban el árbol y se unió a los trabajos de construcción como cualquier otro soldado.

***

En la parte más alta de la ciudad se levantaba sobre cien columnas el palacio de Latino, fiel reflejo de la insigne dignidad de su rey. En la alcoba del piso superior, en el gineceo, la reina Amata deshacía su tocado con un peine de plata bruñida. Su espejo semipulido le devolvía una imagen algo distorsionada de su fiera belleza, como si se reflejara en las aguas del Tíber.

El constante fluir de este río la hacía sentirse como en casa desde que se convirtiera en reina de los latinos. El rojizo fondo de sus aguas y las frondosas colinas que rodeaban la ciudad, todo aquello era su hogar y lo consideraba parte de sí misma, como si aquel hijo que perdiera estuviera prendido en ellos. Estaba segura de que, si su vástago hubiera tomado el puesto de su anciano esposo, el valor que junto

a la temeridad de la primera juventud lo condujo hasta una muerte temprana habría traído la fama al Lacio.

El recuerdo de su primogénito empañó su propio reflejo, y su rostro se sumergió en sus preocupaciones como si se anegara en el río. Se dejó vencer, como tantas otras veces, por la tentación de pensar que su hijo la habría colmado de gloria haciéndola madre del rey del Lacio. De repente tomó conciencia del engañoso espejismo que aquel pedazo de plata le ofrecía, y consiguió retirarse de su encantador influjo antes de perderse en su propio reflejo. Entonces, salió a la terraza de sus aposentos y, apoyándose en la balaustrada de mármol, dejó que su mirada vagara por el verde de las forestas que la rodeaban, mientras el sonido de las arrulladoras fuentes vaciaba su mente de todo pensamiento con el monótono fluir del agua mansa. Ahora sería Turno, el robusto rey de Ardea, se decía, quien ocuparía el trono a la muerte de su esposo uniéndose a su hija. Amata veía este matrimonio con agrado, pues a lo largo de los años había acabado por ver en su futuro yerno el hombre en el que su hijo se habría convertido.

Dos figuras que avanzaban tímidamente por la avenida de cipreses que conducía al jardín principal la sacaron de su ensimismamiento. Una de ellas iba algo encorvada, apoyándose en la otra que avanzaba de forma lenta pero flexible. Reconoció el paso regio de su esposo, cuya solemnidad no habían sabido llevarse los años, caminando junto a su hija Lavinia, que se movía con la gracia de la primera juventud. Alzaba suavemente el torneado brazo para llamarlos cuando el gesto preocupado de su esposo la contuvo. El movimiento quedó interrumpido, apenas esbozado, y la reina se detuvo a escucharlos.

Padre e hija, tras atravesar la avenida, se detuvieron ante un majestuoso laurel. Amata presintió que algo excepcional ocurría. Aquel laurel era un árbol consagrado a Apolo, el dios de la adivinación, pues el mismo eterno lo había hecho surgir de la tierra en el lugar en el que debía fundarse la ciudad. Entonces vio producirse un suceso inaudito: un enjambre de abejas se acercó desde el este y se quedó revoloteando sobre la copa del árbol. Amata se sorprendió al ver a su esposo observando el acontecimiento con aire meditativo. Inmóvil, tratando de pasar inadvertida, escuchaba las palabras que el rey dirigía a su hija.

—Lavinia, esta es la señal definitiva que estaba esperando. Un oráculo me había anunciado que un ejército se dirigiría al Lacio desde el mismo lugar del que vienen estas abejas, y que a su cabeza encontraría un yerno extranjero. La fama de vuestros descendientes se extendería por todo el éter, dejando el recuerdo de nuestro linaje suspendido en las estrellas.

Amata se sobresaltó. El rey hablaba de un yerno extranjero, y Turno era hijo del Lacio. Su mirada se dirigió entonces a Lavinia, que callaba. Ese silencio le dio esperanzas, pues sabía del tierno afecto que su única hija profesaba a Turno y confiaba en que su padre, anciano y sensible al báculo que la prudente Lavinia representaba para su vejez, cediera a los deseos de esta antes que a los suyos. El rey Latino también se sorprendió del silencio de su hija. Las comisuras de sus arrugados labios se contrajeron en un gesto de preocupación.

—¿Acaso has entregado tu palabra a Turno, y por eso callas? —preguntó con un deje de preocupación—. Habla sin temor si así fuera, pues es cierto que, aunque nunca me ha solicitado formalmente ser tu esposo, es algo en lo que nues-

tras familias han pensado desde hace tiempo, y no seré yo quien contradiga tu palabra.

Al oír a su esposo, Amata sintió como el pecho se le relajaba y el aire volvía a circular libremente por su cuerpo.

—Amado padre —dijo al fin Lavinia—, soy hija del rey Latino y princesa del Lacio. No me corresponde a mí decidir mis nupcias, por lo que jamás he hecho una promesa que no pueda cumplir. Mis hijos serán algún día los reyes de esta tierra, y si tú me aseguras que, uniéndome al extranjero de tan alta reputación, la gloria de mi linaje será imperecedera, de buen grado acato los lazos del himeneo. No debes temer por mi bienestar, padre —añadió al ver un resquicio de preocupación en la mirada de Latino—, pues su porte y sus modales no son desagradables a mis ojos. Además, Afrodita, la diosa del amor, no permitiría que este faltara entre su hijo y su esposa.

Esta última razón terminó de convencer al rey, que llamó a un emisario para enviar a Eneas la misma propuesta que acababa de hacerle a su hija. De igual modo, dispuso que se le entregaran trescientos caballos de sus establos, magníficos ejemplares descendientes de aquellos que tiran del carro del sol.

La reina apenas pudo contener su furia. Temerosa de delatarse, regresó a sus aposentos. Tras reflexionar sobre el poder de los hados, Amata decidió de que ningún mortal podría impedir el enlace que ella deseaba. Movida por ese pensamiento, llamó a sus sirvientas para que la vistieran, pues debía llevar cuanto antes ofrendas al altar de la reina de los dioses.

∞

Amata se dirigió al templo erigido a Hera en una de las colinas que rodeaban la ciudad. Solo a la señora del Olimpo

podía dirigir sus súplicas, pensaba, pues era acerba enemiga del pueblo troyano desde que uno de sus príncipes menospreciara su belleza en favor de la voluptuosa Afrodita. A partir de entonces había procurado su exterminio durante la guerra de Troya, y Amata intuía que la diosa, protectora del matrimonio, no aceptaría que el legítimo rey de los dárdanos e hijo de la misma diosa que le arrebatara la gloria se sentara en el trono del Lacio.

Al llegar al templo y ver la luz del sol reflejarse radiante en las columnas marmóreas, Amata pensó en el regalo de Latino, que había privado a sus cuadras de trescientos extraordinarios corceles para ofrecérselos a los troyanos que habían infestado con su presencia las orillas del Tíber.

Con el ánimo encendido atravesó el umbral del templo y, dejando descalzos sus pies, la reina se cubrió la cabeza con un velo de fina gasa, similar al que solía lucir la diosa, dispuesta a sacrificar un par de cucos que transportaba en una jaula. Al entrar en el santuario vio enseguida la augusta imagen de la reina del Olimpo, que se erguía poderosa en el centro del templo. A sus pies, diversas mujeres le dirigían sus plegarias con profunda devoción, invocando la protección matrimonial de la esposa de Zeus, padre de los dioses y los hombres.

Amata, arrodillada con las manos entrelazadas por encima de su cabeza, unió sus ruegos a los de aquellas jóvenes.

—¡Oh, gran señora! —exclamó—. Tú que proteges y auspicias las uniones de los hombres, a ti te invoco. Mi hija Lavinia ha sido destinada a desposar al hijo mortal de Afrodita, tu rival en la guerra. Si esta unión se consumara, de nada habría servido que cayera Troya, pues una gloria mayor que

la que encerraban aquellas infranqueables murallas espera a los dárdanos a las orillas del Tíber.

Súbitamente, uno de los cucos escapó de su prisión. Por el prodigio de la luz del atardecer, los colores del ocaso fueron quedando impresos en su plumaje. Primero sus pardas plumas adquirieron un tono rosado, luego un espléndido verde hasta que, ante el asombro de los presentes, se tornaron de un intenso turquesa, mientras su cuerpo se alargaba ostensiblemente. La estela de su vuelo quedó marcada por una larga cola que, a modo de timón, dirigía su ascenso, hasta que fue a posarse en una de las ventanas del templo. Allí, el ahora majestuoso pavo real, animal consagrado a la diosa, volvió su coronada cabeza hacia Amata y, tras un signo de aquiescencia, se difuminó entre los colores del ocaso.

Todos los ojos estaban posados en ella, maravillados ante aquel prodigio. Amata, tras reponerse de la profunda emoción, sacrificó a la diosa el ave que había permanecido en su encierro. Después se dirigió hacia los sacerdotes del templo y les prometió que al día siguiente enviaría a sus sirvientes con un buey blanco para que fuera inmolado en su nombre. Una vez tomadas estas disposiciones, la reina del Lacio abandonó el templo con la cabeza inclinada y una sonrisa triunfante en la comisura de los labios.

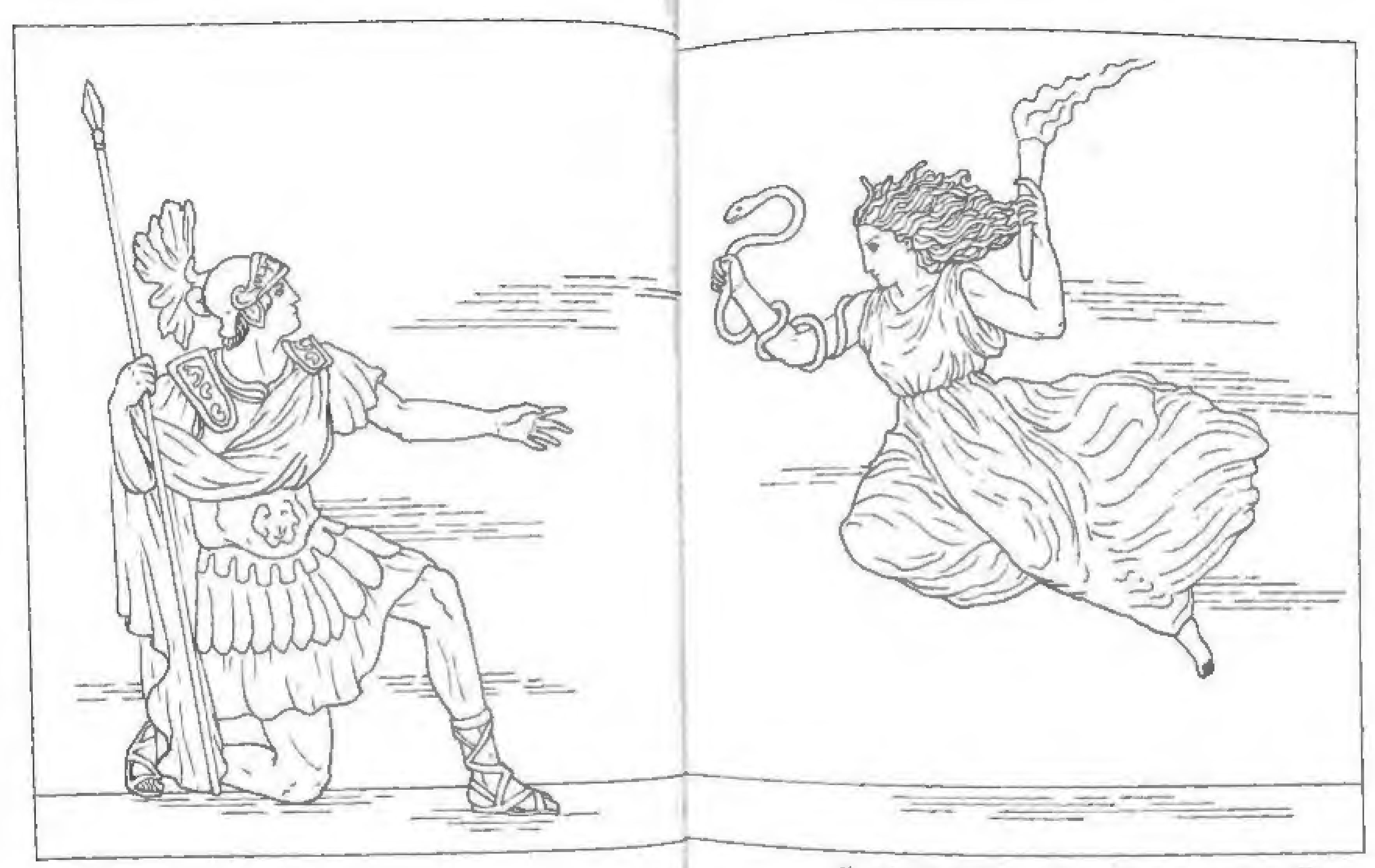
***

Alecto, una de las terribles erinas, divinidades atávicas de la venganza, abandonó el inframundo por orden de Hera y, batiendo sus enormes alas de murciélago, llegó al palacio de Turno. Avanzaba como una sombra por los corredores con una tea de verde llama y un látigo en sus huesudas manos

mientras las serpientes de sus cabellos, excitadas por el aire del mundo de los vivos, se revolvían mordiéndose unas a otras. Se detuvo ante la alcoba del rey de Ardea. Cruzó la puerta sin que los soldados que la guardaban se percatasen de su presencia, pues las erinias solo pueden ser vistas por los autores de los crímenes que castigan. El rútulo dormía profundamente. Con las alas plegadas a la espalda como un negro manto, se acercó a su lecho e introdujo su tóxica lengua en el oído del durmiente, siseándole palabras arcanas incomprensibles incluso para los mismos dioses. Al instante, la húmeda ponzoña de su lengua envenenó los sentidos del rey, hasta que toda su alma ardió en una infausta y verde llama. Cuando el veneno penetró en sus entrañas, Turno se revolvía entre las sábanas presa del delirio, invadido por espantosas visiones que lo situaban en el campo de batalla combatiendo, impotente, a una terrible criatura alada con un áspid en la mano y víboras que surgían de sus cabellos.

—¿Consentirás, oh, Turno —le decía aquella criatura en sus sueños—, que el rey Latino te niegue el enlace que sentías como legítimo y el reino que lo acompaña para que un extranjero usurpe tu puesto? ¡Convoca a tus tropas y quema la nueva Troya, pues así lo ordenan los dioses!

Mientras el indefenso Turno se contorsionaba en el lecho, Alecto clavó su tea de cetrina llama en el pecho del rey de los rútulos, inundando su torso con un resplandor negro y humeante. El guerrero exhaló un rugido y se incorporó al instante con el cuerpo empapado de sudor y los huesos calados del pérfido veneno de la erinia. Satisfecha, Alecto chasqueó su látigo y, dejando una envenenada estela, partió hacia los bosques del Lacio.



Alecto siseó al oído de Turno y le conminó a que quemara la nueva Troya.

Cuando Turno tomó la conciencia de sí mismo que sus enajenados sentidos le permitían, saltó del lecho revuelto y buscó de inmediato sus armas. Ciego de ira infundida y ajena contra el extranjero Eneas, se apresó a convocar a los rútulos a la guerra.

ꝏ

La erinia se dirigió hacia la morada de Tirreo, mayoral del rey Latino, donde depositó su atención en Silvia, la menor de los vástagos del mayoral y su única hija. Rodeada por tan viril compañía, la muchacha había tomado por compañero a un hermoso ciervo, al que cuidaba como si se tratase de un hermano más. Alecto experimentaba un cruel placer viendo cómo la dulce chiquilla adornaba las astas del animal con guirnaldas antes de procurarle un sitio en la mesa, que compartía con toda la familia. Su padre Tirreo, y sus hermanos, que sentían debilidad por la menor de ellos, sonreían conmovidos ante la escena: su hermana parecía una ninfa de los bosques junto a aquel enorme venado de floreada cornamenta que la obedecía con devota fidelidad.

Como si hubiera adivinado el pensamiento de sus hermanos, la propia Silvia reforzó esa imagen anunciando que llevaría al ciervo a una cristalina fuente cercana para bañarlo.

Almon, su hermano mayor, se burlaba cariñosamente de ella.

—Deja tranquilo a ese animal. ¿Piensas que no puede tomar un baño solo y que necesita que una muchacha lo defienda con semejante cornamenta?

Silvia no se amedrentó ante las bromas de su hermano mayor. Sabía de su predilección por ella, y que sus burlas eran la forma que tenía de demostrarle su afecto.

—Puede que los extranjeros se hayan adentrado en los bosques —le explicó.

Al recordárselo su hermano y pensarlo de nuevo ella misma, su rostro se ensombreció por temor a que algo le ocurriera a su amado animal.

Tirreo, que supo leer la preocupación en la expresión de su hija y no temía mostrar como padre la sensibilidad de la que parecían huir sus hermanos, trató de tranquilizarla.

—No harán nada —le aseguró con firmeza—. Todos saben que soy el mayoral del rey y guardián de sus dilatados campos. Tu manso venado es de sobras conocido, pues he recibido más de un comentario jocoso por sentarlo a mi mesa. Nadie puede confundirlo con un ciervo cualquiera, pues no es costumbre entre el resto de los de su especie enguirnaldarse con azucenas.

Silvia, reconfortada por las razones de su padre y su tono despreocupado, abandonó alegre la casa en dirección a la fuente de aguas transparentes montada en el enorme ciervo, mientras se abrazaba a su cuello y le susurraba dulces palabras que hacían que el animal, poniendo el mayor cuidado para no herirla con sus terribles astas, volviera la cabeza para lamerle los pies.

Desde lo alto del tejado, dos llamas verdes la seguían. Abandonando la casa de Tirreo, la erinia emprendió su fúnebre vuelo, no sin antes arrancar una de las flores que adornaban las astas del animal sin que nadie pudiera percatarse de ello.

ꝏ

En los alrededores del campamento troyano, Ascanio, el vástago de Eneas y la princesa troyana Creusa, acostumbraba a

ejercitarse cazando todo tipo de fieras acompañado de otros soldados y una infatigable jauría.

En el momento en que Silvia y su compañero llegaban a la fuente, sus perros llevaban toda una jornada acosando a un jabalí, seguidos sin descanso por los soldados troyanos.

El cielo se nubló de repente para todos los hombres, que, aunque levantaron al grisáceo éter sus miradas, no pudieron ver que la maléfica Alecto se dirigía hacia ellos batiendo sus infernales alas, pese a que un estremecimiento inexplicable sacudió sus cuerpos. La erinia se detuvo delante del hijo de Eneas, que frenó en seco su carrera pues, aunque él tampoco alcanzaba a verla, sintió que un escalofrío recorría su cuerpo. En la belleza casi sobrenatural de Ascanio reconoció la víperina divinidad la ascendencia de la diosa de la belleza y la imponente presencia del difunto Anquises, al que la inmortal permitió compartir su lecho. El hijo de Eneas proclamaba con la perfecta proporción de sus miembros y facciones que su linaje entroncaba con la hija de la espuma, la portentosa Afrodita.

Al verlo, Alecto recordó las palabras que le dirigiera Hera antes de revelarle su cometido.

—No puedo impedir las bodas que han decretado los hados —le había dicho la reina de los dioses—, pero puedo exterminar con la guerra a los pueblos de ambos reyes. La maldición de Troya perseguirá al hijo de Afrodita, y la sangre de rútulos y troyanos será mi presente nupcial.

El monstruo inmortal se volvió hacia la jauría de Ascanio y con las flores que arrancara de la decorada cornamenta llevó a sus hocicos el olor del ciervo tirreno. Una súbita rabia se apoderó de los perros, que con los ojos inyectados

en sangre y escupiendo espuma escaparon en furiosa carrera hacia los montes donde Tirreo tenía su morada. Ascanio y el resto de los soldados lo siguieron infatigables, creyendo estar dando caza al esquivo jabalí. En su euforia, ni él ni los otros troyanos cayeron en la cuenta de lo lejano que iba quedando el campamento, ni de que se adentraban en los terrenos que el propio Eneas les había vedado.

***

Deseoso de refrescarse en las translúcidas aguas, el ciervo tirreno fue introduciendo lentamente sus pezuñas en el estanque. Su intrépida jinete reía dichosa al sentir el frescor del agua clara cubrirle primero los pies y luego las rodillas a medida que el ciervo se adentraba más y más en las aguas. Cuando estuvieron en medio del lago, desmontó y trató de hundir en el agua la testuz del animal para limpiar su cornamenta de polvo e insectos. El venado sacudió con cuidado la cabeza de un lado a otro, intentando librase de las pretensiones de su dueña. Entonces Silvia se zambulló por completo y, al cabo de unos segundos, el ciervo, preocupado, sumergió finalmente su mortífera cerviz en su busca como su dueña sabía que haría, pues la escena se repetía una y otra vez en cada baño que tomaban juntos.

De repente, el venado sacó la cabeza y se quedó muy quieto. Silvia, con los ojos brillantes y sus ropas empapadas, lo miraba divertida. Súbitamente, el ciervo sacudió las orejas y salió con rapidez del agua, colocándose delante de la joven. Esta no comprendía la impulsiva actitud de su amigo, hasta que a sus oídos llegó el aterrador bramido de una jauría de perros que se acercaba.

Entonces, un pardo lebrel apareció entre los arbustos. Silvia contuvo la respiración. El perro se abalanzó sobre ellos, pero el venado lo destrozó con sus astas, abriéndole las entrañas. Cinco canes más aparecieron detrás de aquel, y a los cinco consiguió contener el acorralado animal, que no osaba escapar y abandonar a su propietaria. Mientras, Silvia no dejaba de gritar pidiendo auxilio.

En aquel momento apareció Ascanio. Más ágil y rápido que sus compañeros gracias a la fuerza de su juventud unida a su herencia inmortal, pronto había dejado atrás al resto de los soldados. Había llegado hasta allí alertado por los alaridos de Silvia pero, cuando estuvo junto al lago, Ascanio no pudo adivinar de dónde provenían, pues la muchacha había callado de repente al verse en presencia de un hombre, y se había escondido tras una roca. Su vista se dirigió entonces hacia sus mejores perros, desventrados a los pies de aquel ciervo que lo miraba en actitud desafiante, pues nada había temido jamás de los hombres y nada temía ahora.

Enfurecido por la pérdida de su jauría, Ascanio olvidó el jabalí que lo había conducido hasta allí y, tensando con una flecha su infalible arco, apuntó a la bestia, que no dejaba de mirarlo. Solo entonces advirtió el cazador las guirnaldas que coronaban su cornamenta, y al instante fue consciente de que había abandonado los alrededores del campamento para adentrarse en los dominios del rey Latino.

Su mente estaba a punto de asociar el florido ejemplar que tenía ante los ojos con las fantásticas historias que se contaban del manso ciervo del mayoral del rey, cuando la erinia se presentó a su lado y, con un enérgico movimiento de la mano derecha, chasqueó su látigo. Al instante, Ascanio

dejó partir el proyectil, que con un silbido traspasó el vientre y los ijares del animal. La bestia, ensangrentada y profiriendo lastimosos gemidos, fue a caer delante de la roca que escondía a su dueña. Horrorizada, Silvia salió presurosa a darle consuelo posando la cabeza del animal sobre su regazo, que el venado tiñó con su sangre mientras agonizaba.

Ese momento, alertados por los gritos de la muchacha, llegaron al lugar Tirreo y sus hijos, seguidos por sus hombres. Al ver a Ascanio empuñando todavía el arco y a Silvia cubierta de sangre, la ira les impidió buscar otras explicaciones. Creyendo a Silvia, en lugar del ciervo, la víctima de Ascanio, el padre enfurecido se abalanzó sobre el tirador. Los cazadores dardanios dieron alcance a su jefe en ese momento, y se aprestaron a defender al hijo de Eneas con las armas que solo a las fieras estaban destinadas.

Silvia, todavía con la inerte cabeza de su amigo en el regazo, observaba impotente cómo su padre y Ascanio se enfrentan en feroz batalla. El troyano tenía todo el vigor de la juventud y la maestría en las armas que le había inculcado su padre, pero todavía era inexperto en el combate, y la veteranía de Tirreo estaba a punto de sentenciar el litigio.

Ascanio, acorralado, trataba de resistir los embistes del mayoral del rey, cuando un alarido de Silvia desvió la atención de su padre, que dirigió su mirada hacia ella. La atemorizada muchacha señalaba un cadáver herido por una saeta.

Tirreo abandonó al instante a su adversario y corrió a socorrer a su hijo Almón, al que instaba a seguir con vida. Pero la herida era mortal, pues la flecha lo había alcanzado bajo la garganta, y la sangre ahogó las últimas palabras de su hijo en sus labios, llevándose en su fluir su frágil vida.

Ascanio, que había presenciado la escena con estupefacción, comprendió en aquel instante la magnitud de las consecuencias que esa muerte entrañaba.

—Tirreo —dijo entonces tratando de que no le temblara la voz—, no hacia tu hija sino hacia un ciervo he dirigido mis armas, pero los hados han querido que no pudieras saberlo hasta ahora. Ve a enterrar a tu hijo y que ni una sola gota más de nuestra sangre, destinada a ser hermana, bañe esta funesta colina.

Tirreo levantó la vista hacia él, mostrando sus ojos empañados por las lágrimas que no osaban abandonarlos.

—Tú como yo te dueles de la pérdida de tus hombres, cuya sangre se ha vertido para crearte un adversario donde antes solo tenías una mano amiga. Detengamos ahora esta guerra que ni a ti ni a mí nos está permitido comenzar —dijo con la voz quebrada—. Pero yo no he perdido un soldado, sino un hijo. la sangre de Almón, vertida aquí inútilmente, sigue clamando venganza.

Dicho esto, tras asegurarse de que Silvia estaba incólume, ordenó al menor de sus hijos que regresara a casa ella. Después instó a sus hombres a que alzasen el cadáver de su vástago y lo llevaran al palacio del rey Latino, mientras los pastores y los dárdanos recogían los cuerpos de los caídos.

Las serpientes que coronaban la cabeza de Alecto silbaron de placer. La erinia había cumplido con creces su infame cometido. sangre rútula y troyana bañaba ahora las laderas ausonias. Sabiendo que Hera estaría satisfecha, regresó batiendo sus negras alas al infierno del que había salido.

2

Hera desafía a los hados

Hasta el augusto palacio del rey Latino se acercaba una silenciosa comitiva. solo el rumor sordo de su paso marcial los anunciaba. A la cabeza de la compañía se encontraba Tirreo, el mayoral del rey, seguido por sus hijos, que transportaban sobre sus hombros el escudo donde reposaba el cuerpo del mayor de ellos. Cuando llegaron a las puertas de palacio, Tirreo ordenó a la comitiva que se detuviera. El cadáver de su hijo contaba por sí solo el motivo de su presencia y, puesto que no necesitaba otra credencial que su estrecha relación con el rey, fue introducido ante Latino sin que nadie pronunciara una sola palabra.

Mientras, en el vestíbulo que daba acceso al mégaron, Turno observaba las efigies de los antiguos reyes de la Ausonia talladas en cobrizo cedro. Allí estaba Italo, que diera su nombre a los habitantes de estas tierras junto a su padre Sabino, que blandía una corva hoz en la mano como el día en que

plantara la primera vid. Luego sus ojos se posaron en Jano, guardián de las puertas de la guerra. Cuando los latinos entraban en una lid, el rey abría las puertas de su templo para convocar a Jano y el resto de los antiguos reyes a ayudarlos. Luego, restablecida la paz, las puertas volvían a cerrarse. Pero por encima de todos aquellos reyes que pelearon y murieron en las llanuras del Lacio, se erigía la estatua broncínea del titán Crono, padre de las principales divinidades del Olimpo. Hasta él se remontaba la dinastía de los latinos. Ante la efigie del dios, Turno se repetía que no podía renunciar a engendrar en el vientre de Lavinia un varón que fuera a la vez hijo suyo y descendiente de Crono para que gobernase en el Lacio. Tras la muerte del hijo de Latino, a quien hubiera seguido fielmente como hasta ahora había obedecido a su padre, solo el rey de Ardea, se decía, merecía perpetuar el linaje del Lacio. Un extranjero no comprendería sus colinas ni sus gentes. A Eneas no le importaría la vida de sus súbditos, a los que trataría como a esclavos sometiéndolos bajo el yugo troyano para sacudirse la humillación de aquel que les colocaran los griegos tras la guerra de Troya.

De repente, Tirreo pasó delante de él sin verlo, y fue llevado sin demora ante el rey Latino. Turno leyó en el rostro del mayoral las huellas del infortunio, y comprendió en el acto que una imperiosa razón impelía al rey a hacerlo pasar primero, la misma por la cual el mayoral no había advertido su presencia. Entonces llegó hasta él la voz de Tirreo. Su voz retumbaba con furia en los marmóreos corredores donde el rey de Ardea atendía. Turno oyó de sus labios el relato del funesto encuentro con Ascanio, y después escuchó sus palabras clamando justa venganza.

—No solo contra mi hijo han alzado su mano —concluyó solemne—. Mi sangre y la de los míos siempre estará a disposición del reino. Pero cuando la autoridad del rey viene atacada en las tierras que le pertenecen, un monarca no puede ofrecer la paz a aquel que ha venido a su casa a declararle la guerra.

Turno ignoraba que la reina también estaba presente. Desde que el troyano llegara, Amata había comprendido que no podía perderse uno solo de los pensamientos del rey. Sin embargo, no podía intervenir en los asuntos del reino, al menos delante de sus súbditos. Intuía en aquel hecho providencial la mano divina de Hera, y esperaba expectante el desarrollo de los acontecimientos.

Sin embargo, nada decía el rey Latino, y su silencio resonó por el corredor de sus egregios predecesores con ecos más insistentes que los de la voz de Tirreo.

Incapaz de soportar el favor que el rey parecía dedicarle al extranjero, Turno irrumpió en el salón del trono.

—¿Cómo explicarás a los dioses, oh, Latino, que derramaste sangre itala a la vez que arrebatabas la mano de tu propia hija al que vertió la suya por tu reino? —preguntó Turno, indignado.

Los ojos de Amata, opacos por la pasividad de su esposo, brillaron ante la elocuente ira de Turno. Cuando su intervención terminó, la reina no tuvo dudas de que tenía ante ella al futuro rey de los latinos. Debía hacer cuanto estuviera a su alcance para fomentar su unión con Lavinia: solo un hijo del Lacio podía convertirse en el rey de sus tierras. Turno, se repetía constantemente, tenía derecho a reclamar la mano de su hija pues, aunque nunca se hubiera formalizado



Turno irrumpió en el salón del trono del rey Latino sin esperar a ser anunciado.

su compromiso, era la unión que esperaban los respectivos reinos al carecer Latino de heredero. Este pensamiento le dio fuerza para intervenir en la discusión.

—Amado esposo, un rey no puede traicionar a su tierra y a sí mismo en un solo gesto. Aunque tus juiciosas canas empujen tus decisiones a mantener la paz, no puedes sostenerla a costa de actos más violentos que cualquier guerra.

Mientras hablaba, la reina se había ido alejando del rey, y cuando terminó su discurso se encontraba junto a Turno y a Tirreo y frente a su esposo. Latino, con el gesto cansado, descendió del opulento solio tallado con incrustaciones de oro y se encaminó a la gran balaustrada desde la que dominaba toda la ciudad.

Desde allí pudo ver el cadáver de Almón, que había encendido la furia de su pueblo. La ciudad entera exigía a gritos venganza contra los extranjeros. Viéndose acorralado por la cólera de sus súbditos, que empañaba su prudencia, Latino se volvió hacia sus hostigadores. Levantó el brazo diestro para señalar el templo de Jano, el predecesor cuya efigie Turno admirase en el corredor.

—Ahí está el templo de Jano. —El silencio que esperaba siguió a sus palabras, y Latino continuó su discurso con la misma solemnidad—. Dos grandes puertas con cien cerrojos de bronce impiden que la guerra salga y expanda su reino de muerte y desolación. Id y empujadlas por vuestra mano, pues no emplearé la mía para quebrar la voluntad de los hados.

Dicho esto, abandonó la terraza y fue a encerrarse en sus aposentos, en lo más profundo del palacio.

Turno y Tirreo se miraron desconcertados. Sabían muy bien que sólo la más alta dignidad podía abrir las puertas de

la guerra. Entonces volvieron sus ojos hacia Amata, que contemplaba la cornisa de la balaustrada con devoción. Donde un momento antes se dibujaba el templo de Jano, un gran pájaro azul les impedía la visión. De repente, echándose a un lado, el ave abrió lentamente su inmensa cola. Al instante, giraron los goznes largamente olvidados de las puertas del templo, que se abrían lentamente con gran estruendo a medida que la majestuosa ave descubría su plumaje ojival. Cuando la cola del pájaro estuvo totalmente desplegada, deslumbrándolos con sus sobrenaturales colores, las puertas de la guerra se encontraban abiertas de par en par.

Un ronco clamor se elevó entonces desde las calles de la ciudad y las estridentes tubas del ejército respondieron a este vocerío. Los lazos de hierro que sujetaban la guerra se habían deshecho y los latinos olvidaron su amor por la tierra y el arado: convirtieron en armas sus hoces y volvieron a forjar en sus hornos las espadas enfundadas de sus padres.

❧

En el campamento troyano, los soldados se ejercitaban cabalgando los extraordinarios corceles que el rey Latino les había regalado o enganchándolos a los carros de combate con los que levantaban nubes de polvo en el llano. Otros cruzaban sus espadas o disparaban sus arcos contra un objetivo distante cuando vieron llegar la partida de caza de Ascanio, que, en lugar de traer los carros llenos de corzos y jabalíes, cargaban en ellos los cadáveres de sus compañeros caídos en la batalla.

Ante semejante visión, las espadas volvieron a sus fundas y las flechas que apuntaban las lejanas dianas regresaron a las aljabas de donde salieron. En seco se pararon los espléndidos

caballos, y sus atónitos jinetes descendieron de su montura. Con las bridas en la mano, estos se acercaron a sus compañeros en busca de la explicación que eran incapaces de encontrar por sí mismos.

Pero instintivamente, al ver la expresión de Ascanio, los hombres le abrieron paso sin perturbar más su ánimo con preguntas. De ese modo, el joven príncipe encontró el camino libre hasta la tienda que dominaba el campamento, en la que esperaba hallar a su padre.

En ese momento, el toldo de cuero de la tienda se descorrió para dejar a la vista la figura de Eneas, impactante aun sin su armadura, quien, extrañado del repentino silencio que se había apoderado del campamento, salía a informarse de lo sucedido.

Al ver llegar al sombrío Ascanio, Eneas no dijo nada. Con un gesto, lo invitó a entrar en la tienda y, después de que ambos hubieran tomado asiento en ricos sillones forrados con las pieles de las bestias a las que habían dado caza, ordenó que les sirvieran vino para que el reconfortante brebaje infundiera vigor en el ánimo de su hijo. Paciente, el piadoso Eneas esperó a que el líquido grana tiñera la lividez de su rostro. Solo cuando Ascanio hubo apurado el contenido de su cáliz de oro, lo instó a que le relatara lo sucedido.

—Padre, no soy digno de darte este nombre —dijo al fin Ascanio—. Tras haber sorteado en tus viajes la ira de los dioses y la cólera de los mortales, al fin nos diste un hogar, la tierra que nos destinaron los hados. Ahora he quebrado esa paz que ya tocabas con los dedos, y temo haberla roto para siempre.

Brevemente, Ascanio lo puso al corriente de lo sucedido. Le relató apesadumbrado la inesperada trifulca, sin omitir la

alta responsabilidad que había tenido en los acontecimientos. Tampoco olvidó narrarle el extraño furor que se había apoderado de sus músculos, y que lo había obligado a disparar la flecha que desencadenó la batalla.

No le fue difícil al hijo de Afrodita reconocer la sombra de Hera perfilándose tras la fatalidad de los hechos. Desde que abandonara Troya, la furia de la diosa había intentado hacerlo fracasar en su viaje hacia el Lacio, y muchos de los troyanos que con él embarcaron habían perecido a causa de sus artes. El sereno rostro del héroe se nubló al recordar a sus difuntos compañeros, pero enseguida se reconfortó pensando que su lucha no había sido vana ya que, pese a la maldición de la señora del Olimpo, los troyanos habían conseguido alcanzar su destino: ni siquiera Hera poseía el poder de sobreponerse a los hados. Tras dirigir unas palabras tranquilizadoras a su hijo, salió de la tienda.

Ascanio oyó cómo su padre daba órdenes con austera serenidad. Eneas mandó reunir algunos de los mejores caballos con los que el rey Latino le obsequiara, uno por cada hijo de Tirreo. Luego, tras entrar de nuevo en su tienda, escogió de entre los trofeos de sus viajes algunas armas de soberbia manufactura y después sacó de sus baúles tejidos finamente confeccionados que habían pertenecido a las más nobles familias de Troya. Entonces se fijó en las copas talladas repujadas con piedras preciosas en las que acababan de beber, último vestigio del esplendor de los banquetes troyanos. Tras un momento de duda, las tomó con gesto decidido. Con los brazos repletos, salió de nuevo al exterior.

Ascanio lo siguió esta vez, intrigado por aquellos preparativos. Los soberbios alazanes esperaban en la puerta. Eneas entregó aquellos objetos a tres de sus soldados, y dispuso que los cargaran en los caballos. Entonces se volvió hacia el capitán Pándaro, cuya gigantesca presencia siempre lo acompañaba. Dirigiéndose a él con voz queda, le dijo algunas palabras que Ascanio no pudo entender, aunque vio que el guerrero asentía con gravedad. Luego dijo a los mismos soldados:

—Llevaréis estos caballos a la morada de Tirreo con el siguiente mensaje: el rey de los troyanos comparte tu sufrimiento —dijo con voz profunda—. Algunos de los caídos hoy me habían acompañado durante los largos años que duró la travesía, eran mis hermanos de sangre, pues la vertimos unos por otros. Pero el dolor de Tirreo al perder a un hijo como Almon sobrepasa el mío. Ya que no puedo bajar al inframundo y devolvérselo, le ofrezco un yerno: el célebre Pándaro.

Ascanio se maravilló de la templanza de su padre, que le hacía superior en la batalla y fuera de ella. Entonces, un atronador estertor venido del norte seguido de un fuerte timbre de tubas inmovilizó de nuevo el campamento. Eneas identificó de inmediato aquel sonido. Las puertas de la guerra se habían abierto.

•◊•

La morada del héroe reflejó por primera vez su agotamiento. Aunque se había enfrentado a todo tipo de adversidades en el curso de sus viajes, jamás se habría dado por vencido en su lucha por arribar a su destino. Pero ahora su cuerpo ansiaba relajar la mano que asía la espada para estrechar la de Lavinia y disfrutar así de la paz que Hera le había negado.

Con gesto cansado, tomó de las alforjas las copas en las que antes habían bebido Ascanio y él, las mismas que habían

alzado por última vez los príncipes de Troya, de las que solo se había desprendido para evitar el anuncio que ahora se propagaba por los cuatro vientos. Cuando las tuvo entre sus manos, ordenó a los soldados que descargaran el resto de los presentes y desensillaran los caballos.

Luego, llamó a su hijo y se perdió con él en las sombras que el sol del ocaso proyectaba entre los árboles del bosque cercano. Eneas no habló hasta que la noche los cubrió con su manto. Las antorchas que iluminaban el campamento habían atrapado las miradas de padre e hijo cuando al fin Eneas se decidió a romper el silencio.

—Ascanio —dijo de repente—, aún debo realizar otro viaje. Esta vez, sin embargo, tú no podrás acompañarme, pues deberás ocupar mi puesto entre los hombres. Desciendes de dioses y reyes, pero tus hombres te abandonarán si tu valor no está a la altura de tu linaje. No tengo dudas de tu coraje, Ascanio, y, si compartes mi confianza, lo mismo harán tus hombres. Si fuerais atacados, no presentes batalla en campo abierto: defiende con ahínco las murallas, como hemos hecho siempre los troyanos.

El joven quedó impresionado al oír las palabras Eneas, que de nuevo tenía la mirada perdida en el fuego. Súbitamente, Ascanio se dio cuenta de que habían pasado muchos años desde que escapara, agarrado a la mano de su padre, aún niño, de la Troya incendiada. Ahora lucharía junto a él, orgulloso de compartir su destino.

Esa noche, el hijo de Afrodita tuvo una visión. Cuando por fin logró entregarse al sueño, adormecido por el suave murmullo del Tíber, al troyano le pareció comprender los borboteos del río, como si le comunicaran un mensaje.

—Ve a la ciudad de Palanteo, donde reina Evandro, y establece con él una estrecha alianza —parecía murmurar la corriente—, pues no solo de los troyanos son enemigos los rútulos. Sigue mi consejo y mis aguas te conducirán a las orillas del Palatino, donde se encuentra la ciudad.

Cuando dejó de escuchar el cristalino murmullo, la noche y el sueño habían abandonado a Eneas.

Al rayar el alba, las puertas del campamento dárdano se abrieron de par en par. No sonaron sus goznes ni las siguió un clamor de tubas, pero bastaba la imagen de Eneas armado sobre el prodigioso corcel que Latino le regalase, seguido por diez de sus más fieles soldados, para anunciar la guerra más alto que cualquier instrumento.

⁂

Turno se encontraba en el mégaron del palacio de Latino, de pie junto al solio en el que no osaba sentarse, rodeado de soldados y emisarios que iban y venían. Desde hacía una semana, sus mensajeros se dispersaban por los confines de la región buscando aliados para su guerra. Lo acompañaban los hijos de Tirreo, los primeros en ponerse bajo su mando. Entonces, un soldado anunció a Mecencio y a su hijo Lauso. Turno, al oír estos nombres, se acercó a grandes zancadas a los recién llegados.

—Soy un rey sin trono, Turno —dijo Mecencio—, pues los etruscos me arrebataron la corona de Agila acusándome de infamias. Pero aunque no tenga mis tierras, conservo parte de mi ejército, y vengo junto a Lauso a unirme a tus tropas para defender el Lacio. Solo tú me diste asilo cuando me expulsaron del que fue mi reino, y ahora lucharé por el que debería ser el tuyo.

Turno abrazó a su amigo con firmeza, y luego le impidió seguir hablando.

—Aunque solo te acompañara tu hijo, Mecencio, vuestro valor es el de cien hombres, y tan bien como yo sabes que un buen capitán puede salvar a cien soldados. En cuanto a ti, Lauso —dijo volviéndose hacia el hijo de su amigo, de proverbial apostura—, tu fama de domador de fieras te precede, y todo el mundo dice que tu destreza con la espada iguala a la gallardía de tu aspecto.

Lauso agradeció las palabras que el rey de los rútulos le dedicaba, y trató de corresponder sus atenciones con la misma habilidad.

—Aunque solos lucharíamos a tu lado, ese honor no nos será concedido —respondió—. Cuando venía hacia aquí he encontrado varios ejércitos que los reyes y príncipes ausonios envían para unirse al tuyo y combatir esta Troya que por segunda vez se levanta.

En ese momento, el suelo de mármol vibró bajo sus pies. Camila, reina de los volscos, se dirigía hacia ellos sobre un enorme alazán negro, seguida de trescientos jinetes. Las gentes se precipitaban fuera de sus casas para verla, pues eran legendarias su fiereza en combate y su pericia como jinete. La orgullosa guerrera cubría sus hombros con un regio manto púrpura, y sujetaba sus cabellos con un broche de oro. A la espalda ostentaba una aljaba licia y, al modo de los pastores, blandía en su mano una lanza de mirto.

Al llegar al palacio, Turno y sus aliados la esperaban en el pórtico. Camila devolvió la agradecida sonrisa que el rey de Ardea le dedicaba y descabalgó la bestia azabache para unirse a ellos. Turno supo entonces que estaba preparado

para la batalla, e instó a la amazona a reunirse con ellos en el mégaron para decidir su estrategia.

∞

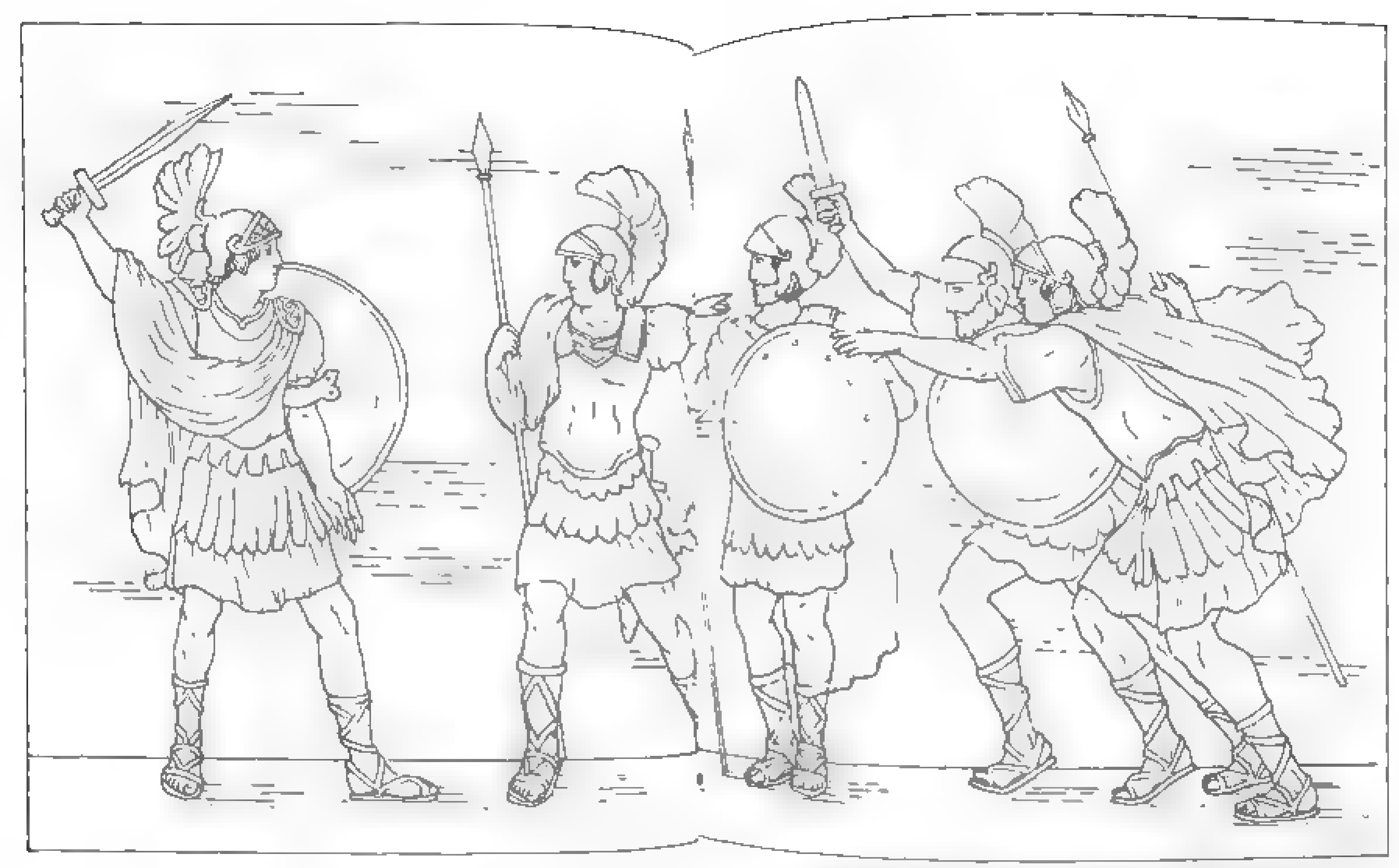
Los troyanos, mientras tanto, habían remontado el cauce del Tíber, insólitamente manso como si fuera un estanque. Tras varios días surcando los suaves recodos del río, la corriente los adentró en las últimas horas de la noche en una selva de espeso ramaje, de la que no lograron salir hasta que las luces moradas de la aurora despertaron el verde de los bosques. Entonces, los dardanos divisaron, tras el recodo del río, las derruidas murallas que rodeaban la ciudad de Palanteo, otrora floreciente, que ahora se extendía ante ellos. Pero no vieron los troyanos sin ser vistos, y, cuando tomaron tierra, una cohorte de los ejércitos del rey Evandro, capitaneados por su hijo Palante, los esperaban en la orilla.

—¿Quiénes sois, extranjeros, y qué razones os traen a nuestras playas? —inquirió el joven príncipe.

Eneas se alzó sobre la proa del barco. Un murmullo de admiración se escapó de la boca de los soldados de Evandro y del propio Palante. El héroe, erguido ante ellos con su armadura, su escudo y la cabeza descubierta, sin que ningún yelmo escondiera la excepcional belleza del hijo de Afrodita, provocó una honda impresión entre los palantinos, quienes por un momento creyeron hallarse en presencia de algún dios.

Entonces Palante reparó en la rama de olivo que Eneas sostenía en la mano, y le instó a que se diera a conocer.

—Eneas, hijo de Anquises y caudillo de la nación dárdana, es quien te habla. Hemos venido a ofrecerle al rey Evandro una alianza con los hijos de Troya.



Príncipes y reyes mandaron a sus soldados para que se unieran al ejército de Turno.

Palante apenas pudo reaccionar tras oír el nombre de Troya y saberse delante del gran Eneas. Dejando a un lado su desconfianza, invitó a los dardanos a que bajaran. Ante aquel soldado convertido en anfitrión, Eneas pisó el primero el suelo palentino saltando desde la proa de la embarcación. Palante corrió a estrechar su mano, y los instó a que lo acompañaran hasta el lugar donde se encontraba su padre.

El rey ofrecía un sacrificio en un bosque sagrado en el que los palentinos habían levantado un altar al célebre Hércules, el hijo de Zeus y la mortal Alcmena, que alcanzó el Olimpo gracias a sus proezas. Cuando estuvieron ante él, los dardanos vieron al propio Evandro quemando incienso mientras la sangre de las víctimas aún humeaba en las aras. Al volverse y ver a su hijo acompañando a un grupo de soldados extranjeros, aunque varios interrogantes acudieron a su mente, su rostro no reflejó ningún desconcierto. Después de que Palante le hubiera puesto al corriente de la identidad e intenciones de los recién llegados, Evandro se dispuso a escuchar el motivo por el que Eneas había encallado en sus playas, pues el rey era de origen griego y sus tropas habían contribuido a la caída de Troya.

El héroe comprendió que el rey lo escuchaba con buena disposición, cosa que lo animó a solicitar su ayuda.

—El mismo Atlas, el titán que sustenta las estrellas del firmamento, es el tronco del que arrancan tu linaje y el mío. Por ello no te he enviado embajadores, sino que yo mismo te presento mi cabeza viniendo suplicante a tus altares. Dejemos atrás una guerra que desgastó tanto nuestros reinos que ningún ejército puede considerarse vencedor. Recibe mi mano y dame la tuya, y tendrás por aliado un pueblo forjado en la guerra y probado en la desgracia.

Evandro se acercó a él sonriente y, después de estrecharlo entre sus brazos, le dijo:

—En mi juventud, hijo de Anquises, pude admirar a tu padre como el gran héroe que fue y tuve el placer de estrechar mi mano con la suya. Ahora, anciano ya, los dioses me conceden apretarla de nuevo en la tuya, y con este gesto abrazar la alianza que su hijo me propone. Te proporcionaré tantos refuerzos como permita mi riqueza. Los etruscos sin duda se unirán a nosotros, pues Mecencio, aliado de Turno, debe aún pagar por los crímenes que cometió en aquellas tierras cuando todavía era rey de Agila.

Tras estas palabras, dio por fin la mano a Eneas, que la estrechó con fuerza conmovido por el recuerdo de su padre. El rey, eufórico, ordenó cubrir con manteles las mesas de los sacrificios e invitó a los troyanos a sentarse en los tocones cubiertos de hierba, a la vez que indicaba a los escanciadores que vertieran vino en sus copas. A Eneas le reservó un solio de arce a su lado, cubierto con la piel de un león. Cuando hubieron tomado asiento, algunos sirvientes y el propio sacerdote les sirvieron las entrañas asadas de los bueyes consagrados, mientras otros llenaban sus cálices con abundante vino.

Entonces los sacerdotes, con las sienes ceñidas con guirnaldas de álamo, entonaron himnos en honor a Hércules, que enfrentó los más diversos peligros por disposición de la despiadada Hera, resentida con el héroe que encarnaba la infidelidad de su esposo.

—También Hera me es funesta, Evandro, y también yo, como el gran Hércules, debo calmar su ira sometiéndome ante ella —le reveló Eneas al rey—. Permíteme que sacrifique uno de los blancos bueyes que aún deben ser degollados

para honrar al hijo de Zeus y a la señora del Olimpo, y que las glorias a Hera se sumen a las del hijo de su esposo.

Evandro miró con admiración al héroe troyano, reconociendo el buen juicio de Anquises en su descendiente

—Fueron los sacrificios a la diosa y su total dedicación a ella los que libraron a Hércules de su furia —declaró el rey—. Demuestras tu buen juicio al emular su sumisión a los eternos. Persevera en tus ofrendas a la diosa y, tu piedad se verá recompensada.

Escuchaba Eneas su consejo mientras comía las entrañas de un buey sacrificado al legendario héroe. Con los ojos fijos en el altar del dios, Eneas se preguntaba si, algún día, él también se vería libre de la ira de Hera.

3

El general Ascanio

Desde la enorme torre que los troyanos habían construido con maderas de los bosques cercanos para que les sirviera a la vez de defensa y atalaya, Caico oteaba el horizonte con impaciencia esperando la llegada de Eneas. De repente, una gran polvareda cubrió los dorados campos de tinieblas. El vigía aguzó la vista, violentado en su cometido por el ardiente sol que lo cegaba. Cuando sus ojos se habituaron al exceso de luz, de aquella tormenta de polvo y arena surgieron las siluetas, aún confusas, de un poderoso ejército. Eufórico, se disponía a dar la noticia del regreso de su rey al frente de las hordas etruscas cuando su vista se fijó en el jinete que comandaba el vasto ejército: montaba un manchado corcel de Tracia y llevaba un yelmo de oro coronado por un rojo penacho que sobresalía sobre todos los demás.

No era aquella la armadura del hijo de Anquises, se extrañó Caico, ni aquel caballo entroncaba con el tiro del carro

solar. El deseo de ver llegar a su caudillo había nublado sus ojos, provocando su espejismo. Ninguna de las armaduras que hacia su fortificación avanzaban se asemejaba a las de aquellos que esperaba. Una vez hubo asumido que el numeroso ejército, cuyo final se perdía en el horizonte que los campos ausonios dibujaban, no era el aliado que Eneas fuera a buscar sino el enemigo que había motivado su partida, no le fue difícil reconocer las amenazantes figuras.

A la cabeza de la armada distinguió a Mecencio, el despreciador de los dioses, que capitaneaba las primeras filas. El que fuera depuesto por los etruscos como soberano de Agila por su despótico gobierno marchaba con la arrogancia del tirano destronado que vuelve a sentirse rey. Lauso, de carácter opuesto al de su padre pero su igual en valor, lo acompañaba a su diestra. En los comandantes de las últimas tropas, compuestas en parte por pastores transformados en soldados, reconoció a los hijos de Tirreo, a los que se enfrentara junto a Ascanio en aquella fatídica pelea que dio origen a la guerra. El penacho que se movía como una llama entre las tropas, aquel que en un principio confundiera con el de Eneas, no podía sino pertenecer al rey de Ardea, el colosal Turno, que arengaba a sus huestes. Repuesto del desconcierto de ver transformarse ante sus ojos al caudillo troyano en su peor enemigo, el vigía dio al fin la voz de alarma.

—¡Troyanos! —gritó—. ¡Desenfundad las espadas y tensad vuestros arcos: las huestes ítalas nos atacan!

Los dardanos acudieron al instante a la llamada del vigía, dirigiendo sus miradas interrogativas a aquel que veía en su lugar, como si observarlo intensamente les transmitiera aquello que contemplaban sus ojos. Ascanio, que ansiaba ver al

enemigo por sí mismo, subió a la torre a grandes zancadas. Cuando llegó a lo alto de la atalaya, Caico, desconcertado, le señaló inútilmente el lugar por el que se aproximaban las huestes, como si el estruendo de su avance y su inconmensurable tamaño pudieran pasarle inadvertidos. El joven príncipe supo entonces que el momento que su padre temiera había llegado. A él le correspondía reunir las tropas bajo su mando, como Eneas le encomendara antes de su partida. Aprovechando la hegemonía de su posición, con las tropas arremolinadas a sus pies, Ascanio se enfrentó al vacío que el gran héroe había dejado.

¡Dardanos! Un ejército como no veíamos desde los tiempos de Troya se acerca inexorablemente. Un espía ha debido de advertirlos de la ausencia de mi padre, y los rútulos pretenden sacar ventaja de que sus enemigos carezcan del firme mando de Eneas.

Ascanio sintió sobre sí las miradas expectantes de los dárdanos. Se detuvo un instante. El momento crucial ya había llegado: debía ganarse la confianza de sus hombres, pensó recordando las palabras de Eneas.

—Pues bien —prosiguió sin que su voz dejara entrever sus dudas—, debería igualmente advertirlos de la presencia de su hijo, que no tiene más que seguir su heroica estela y ocupar su ausencia. La sangre de Anquises y Eneas fluye en la mano que sostiene mi espada y comanda este ejército —dijo mostrando su brazo.

Sus hombres estallaron en vítores y Ascanio, orgulloso de aquel pueblo guerrero, les dio su primera orden.

—¡Troyanos! Somos inferiores en número, por lo que no presentaremos batalla en campo abierto. Pero ningún pue-

blo nos iguala defendiendo nuestros muros, y eso haremos hasta que nuestro caudillo llegue con la ayuda etrusca.

Cuando el nuevo clamor que produjeron sus palabras se hubo apaciguado, el joven comandante instó a los soldados a tomar posiciones frente a las empalizadas y en el interior de la torre, que dejó de ser una atalaya para convertirse en una mortífera arma de guerra. Doblemente protegidos por sus hombres y sus muros, los troyanos esperaban desafiantes al ejército de Turno.

ooo

Cuando las huestes rútulas llegaron al campamento, Turno se desmarcó de sus hombres y dirigió su prodigiosa montura a los pies del profundo foso que los separaba.

—¡Ascanio, hijo del usurpador Eneas! —exclamó—. ¿Crees como él que serás un día el señor de estas tierras, y a un oscuro oráculo haces garante de tus exigencias? Escucha esto, troyano: también yo tengo mis hados contrarios a los tuyos, que me anuncian que mi espada cortará el hilo de este linaje extranjero que ha venido a arrebatarme a la que debía ser mi esposa. Será mi vástago y no el suyo el que reine en el Lacio.

Y, diciendo esto, lanzó su jabalina contra el joven dárdano, que, de no haber estado protegido tras la empalizada donde fue a clavarse el arma, esta le habría desgarrado el muslo. La lanza, que aún vibraba bajo la atónita mirada de Ascanio, no logró herir al joven príncipe, pero se convirtió en la señal de que la guerra había comenzado.

A instancias de Turno, los hijos de Tirreo ordenaron a sus hombres que destruyeran las barreras defensivas de la recién fundada ciudad. Multitud de soldados se aprestaron entonces

a tratar de llenar con tierra los fosos para facilitar el ataque a la empalizada, a la vez que algunos, vadeándolos, intentaban arrancar algunos de los mástiles más desprotegidos. Al mismo tiempo, otros talaban árboles que se convertirían en improvisados puentes para llegar hasta los troyanos. Era una ardua labor que requería una parte importante del ejército, pero los latinos eran mucho más numerosos.

Mecencio no podía permitir que nadie le arrebatase el gran honor de hacer brotar las primeras sangres ante los ojos de Turno. Temiendo que el ejército de pastores y labriegos lograra abrir un vano en la muralla, accedió por uno de los improvisados puentes a la empalizada, y comenzó a escalarla rápidamente seguido de su hijo Lauso y algunos de sus hombres. Sin embargo, llevado por su ansia de gloria, el depuesto rey de Agila olvidó la legendaria defensa dárdana. Capitaneados por Ascanio, los troyanos arrojaban desde lo alto enormes moles contra los invasores rútulos que aplastaban a gran parte de ellos.

Desde la atalaya que construyeran en el campamento, transformada en una mortífera chimenea que escupía certeras flechas contra sus adversarios mientras protegía los cuerpos de los arqueros mejor que cualquier escudo, los dárdanos mantenían al enemigo lejos de los límites de su ciudad. Los rútulos aullaban de dolor, alcanzados por salvajes flechas que destrozaban sus miembros, sin que pudieran ni siquiera conocer el rostro de su asesino. Furiosos, los soldados que habían escapado a los proyectiles, lejos de amedrentarse, treparon con más ímpetu por la empalizada. El sufrimiento provocado por las astillas que se incrustaban en sus manos y el temor al enemigo dejaron de tener importancia, y sus miembros se hicieron más fuertes viendo los de sus camaradas desgarra-

dos por las puntas de las flechas que no dejaban de caer sobre ellos, como si el vigor de los músculos destruidos de sus compañeros hubiera pasado a los suyos. La voz de ataque de Mecencio, secundada por su hijo Lauso, terminó de insuflar coraje en los corazones más indecisos, y con ahínco continuaron su escalada, ávidos de venganza.

La patente derrota de sus hombres hizo reconocer a Mecencio que había subestimado al hijo de Eneas, comprendiendo que la sola ausencia del caudillo no bastaría para tomar la ciudad. En consecuencia, dio orden de retirada a los soldados que aún se tenían en pie y se aprestó a cambiar de estrategia.

Los dárdanos, exaltados por su primera victoria, los despidieron con un último aluvión de flechas mientras ajusticiaban a los pocos que habían logrado traspasar su muralla.

∘○∘

Al mismo tiempo, en la puerta sur de la empalizada, Turno se preparaba para librar un arduo combate.

—Aunque los troyanos sean legendarios defensores de murallas —dijo Turno dirigiéndose a sus hombres—, no son estas empalizadas de leña aquellas de piedra que los dioses les construyeron en Troya. Ha sido a nuestros bosques a los que han robado su defensa, y con nuestras propias manos se la arrebataremos.

Acto seguido, introdujo una estaca en las hogueras que las huestes de los hijos de Tirreo, con ese fin, habían encendido. Con la tea ardiendo en la mano, Turno se dispuso a prender fuego a las murallas. Inflamados por su ejemplo, los rútulos corrieron a armarse con antorchas similares y, ayudándose con sus caballos para coger impulso, las arrojaban con fuerza contra el muro de madera. Pronto los negros tizones provocaron un lúgubre resplandor del que brotaban turbios remolinos de polvo gris que elevaban hasta los cielos una densa nube de ceniza y humo. Los troyanos trataban de apagar aquel temible incendio infructuosamente, irritados al ser vencidos por un enemigo sin alma. De repente, un estampido hizo temblar el suelo que pisaban y el cielo estalló con furia inaudita. Los mástiles incendiados se humedecieron por completo y el fuego se extinguió apenas comenzado. Ese día, ante la frustrada mirada de Turno, todos supieron que la nueva Troya no sería tomada por las llamas.

∘○∘

Mientras, uno de los hijos de Tirreo, ansioso por vengar a su hermano, atacaba por el frente norte, al que había acudido Ascanio.

—¡Cobardes dárdanos, que por segunda vez os escondéis detrás de un rígido velo que no puede ocultar vuestra infamia! —les espetó el tirreno—. Las huestes latinas serán tan letales para vosotros como lo fueron las griegas. Nuestra juventud doma la tierra con el arado o gana ciudades por la espada. Vosotros, troyanos —exclamó mientras señalaba acusadoramente a Ascanio—, apenas si habéis hundido los remos en el mar, mil veces más blando que la tierra, y cuando os ha llegado el momento de defender la ciudad, dejáis vuestras espadas reposando en sus fundas y como campesinos os defendéis con piedras.

Al oír aquellas palabras, el orgullo de Ascanio agolpó la sangre en su mano, que aferraba la empuñadura de su espada.

Con gran esfuerzo para él, logró contener su lengua y sofocar el impulso de salir a campo abierto a batirse con el hijo de Tirreo. De nuevo las órdenes de Eneas, instándolo a que defendiera la fortificación sin atravesar sus muros, aportaron sosiego a su espíritu y dirigieron todos sus actos. Entonces, para dar salida a su ira, invocó a Zeus pidiéndole la fuerza necesaria para enfrentar aquellos lacerantes insultos que le infligían heridas más dolorosas que las de un dardo envenenado.

—Oh, señor de los dioses! ¡Guía mi mano en mi primer combate, pues debería estar siguiendo fielmente a mi padre en lugar de ocupar su puesto, y prometo que por siempre se te inmolarán blancos bueyes de dorados cuernos! —gritó tensando con fuerza su arco, que hasta entonces solo había apuntado a las fieras.

El revuelto éter vibró con el estertor de un trueno y, al mismo tiempo, los dedos de Ascanio se abrieron dejando escapar la mortífera saeta que, atravesando la cabeza del hijo de Tirreo, le traspasó limpiamente las sienes.

Al asistir a semejante prodigio, un gran revuelo inundó los muros y torreones. Los troyanos prorrumpieron en aclamaciones hacia el hijo de Eneas, entreviendo por primera vez desde que el combate comenzara la posibilidad de resistir firmemente y no solo la gloria de haberse defendido. Los dardanos siguieron el ejemplo de su príncipe, tensando los arcos y apuntalando sus flechas. Pronto los proyectiles troyanas cubrieron la llanura ausonia mientras los escudos rútulos retumbaban con los golpes de las saetas destinadas a sus sienes. El cielo, respondiendo a la violencia de aquellos letales rayos, azotaba la tierra con un portentoso aguacero que, al caer sobre

los cuerpos rútulos aún palpitantes, creaba océanos de sangre lluvia que extendían sus rojas aguas por el campo de batalla.

∞

Desde el otro lado de la muralla, dos gigantescos guerreros, idénticos y macizos como guardianes de piedra, contemplaban con admiración las proezas de Ascanio. Entonces Pándaro, inspirado por el ejemplo de su general, se volvió hacia su hermano.

—Bitias, somos capitanes de Eneas y permanecemos inactivos defendiendo este lado del muro, al que no ha llegado toda la crueldad de la guerra.

Bitias estuvo de acuerdo con su hermano. Turno había dejado un pequeño destacamento de soldados vigilando aquellas puertas y se había llevado el grueso de sus tropas a pelear en el lado opuesto, sin duda, pensó, con la intención de preparar un gran ataque.

—Tienes razón, hermano. El caudillo rútulo ha subestimado nuestras fuerzas creyendo con arrogancia que era la cobardía y no nuestro escaso número lo que retiene a los troyanos. Saquémosle de su funesto error atacando su soberbia en sus propias tropas.

Ansiosos por lanzarse al encuentro del enemigo, Pándaro y Bitias llamaron bajo su mando a un escuadrón de troyanos. Acto seguido, los colosales gemelos hicieron girar con la sola fuerza de sus brazos los goznes de las puertas que los retenían en el campamento, las mismas que mantenían fuera al enemigo.

Los latinos, impresionados por el tamaño y el coraje de [redacted] adversarios, retrocedieron atemorizados. Pero pronto la sensación de deshonor se apoderó de ellos y, aunque sus

contrincantes triplicaran sus fuerzas, igualmente trataron de penetrar en el campamento enemigo por aquella herida que los dárdanos habían infligido en su muralla. Demostrando que el valor era común a ambos bandos, atacaron con fiereza al ejército troyano, que se les echaba encima. Sin embargo, la destreza de ambos hermanos con el arco se igualaba a la fuerza de su espada, y las huestes rútulas caían irremisiblemente aniquiladas por su mano. Pronto los cadáveres se agolparon en el mismo umbral de la puerta. Espoleados por el triunfo de sus capitanes y la posibilidad de combatir de frente a los latinos, otros soldados se animaron a atravesar las murallas, atacando con enconada ira a las huestes rútulas que no podían sino retroceder ante el empuje de los dárdanos, que iban afianzando posiciones fuera del campamento.

Doblegados por el ejército troyano, los ítalos se vieron forzados a elegir entre seguir retrocediendo o abandonar el campo de batalla. Ya se preparaba su comandante a dar la orden de retirada cuando el imponente ejército de Turno, con su rey a la cabeza, apareció a la carrera en el campo de batalla. Tarde se dieron cuenta Pándaro y Bitias de su error: el rey de Ardea, avisado por sus vigías de que los dárdanos habían repetido la equivocación que cometieran en Troya abriendo por su propia voluntad las puertas al enemigo, había abandonado su frustrado acoso de fuego para adentrarse en la vorágine de carne y acero que estaba teniendo lugar en la puerta defendida por los invictos hermanos.

Bajo los ojos de Turno, que observaba incrédulo la masacre que habían llevado a cabo sus enemigos, el gigantesco Bitias dio muerte a tres de los hijos de Tirreo ensartándolos en su lanza como cuentas en un collar. Ciego de ira, arremetió

contra el enorme dárdano. No cruzó por su mente el pensamiento de herirlo con una flecha ni tampoco tensar su arco. Las nubes del cielo se disiparon de repente, y el agua dejó de enturbiar su vista. Instintivamente, Turno tomó una jabalina y, tras untar su punta en pez para poder prenderle fuego pese a la torrencial lluvia que hasta ese momento había anegado las tierras del Lacio, arrojó contra el pecho de Bitias su ardiente venganza. No resistieron las dos pieles de toro ni la doble malla que vestían al capitán de Eneas la furia del proyectil llameante de Turno, que, atravesando sus costillas, fue a alojarse en su pecho. Bitias, herido de muerte, se desplomó haciendo gemir la tierra bajo el peso de su enorme escudo.

Pándaro, viendo caer a su hermano, sintió al instante las ansias de vengarlo. Pero el dolor le hizo reconocer su imprudencia al obviar que las puertas que le permitían salir a enfrentarse con el enemigo eran las mismas por las que el adversario trataba de introducirse en el campamento. Culpabilizándose por haber desobedecido las instrucciones de Eneas, Pándaro abrió la enorme envergadura de sus brazos para cerrar él solo las puertas que abriera con Bitias. Mientras, observaba impotente el cadáver de su hermano, al que abandonaba a las inclemencias de la batalla. Lentamente, las puertas giraban sobre sus goznes, dejando a muchos de sus hombres a merced del enemigo. Con gran frustración, veía cómo muchos de los suyos perecían combatiendo al otro lado de la muralla, no sin antes llevarse con ellos a otros tantos soldados rútulos, que acompañarían a sus almas en su descenso al inframundo.

Entonces Pándaro fue consciente de que, al cerrar las puertas, Turno había quedado en el interior del campa-

mento, y como un tigre enjaulado aterrorizaba a los troyanos con sus fauces y los desmembraba con su espada. Los acampados, incapaces de enfrentarlo, retrocedían a su paso pues, aunque conocedores de su número, no ignoraban que muchos de ellos debían perecer antes de que el rútulo alcanzara la muerte.

Pándaro apartó con su enorme mano a aquellos cobardes, inmovilizados más por la fama del héroe que por la capacidad del hombre. Contrariamente a sus compañeros, el gigante agradecía a los hados la fortuna de haberlo puesto frente a frente con el asesino de su hermano.

—Crees que eres una fiera enjaulada, y no eres más que un cordero entre lobos —le dijo encarándose con él—. Por tu causa he desobedecido a mi rey y perdido a mi hermano. Pero no volverán a ver tus ojos abrirse estas murallas, pues cuando abandones la nueva Troya estarán cubiertos por las monedas que pagarán tu viaje al inframundo.

Turno, que ya había aceptado que no escaparía con vida de aquel campamento, se alegró de tener la oportunidad de luchar contra el hermano de Bitias antes de sucumbir a los dardanos, pues tal vez juntos por su mano entrarían los gigantes en el reino de los muertos. Por toda contestación, hizo girar la espada que empuñaba y, con un gesto desdeñoso, invitó a Pándaro a que tratase de cumplir su amenaza.

Indignado por el comportamiento de Turno, Pándaro tomó enseguida su jabalina y la arrojó contra el rey de Ardea con una fuerza tres veces superior a la que el rútulo emplease para derribar a su hermano.

En ese preciso instante se levantó una ráfaga de aire que torció el camino de la mortífera jabalina, que fue a clavarse

en la puerta que hacía un momento el troyano empujaba con su espalda.

Turno, maravillado de seguir aún con vida, distinguió en la ráfaga de aire, producida por la lanza al pasar silbante sobre su cabeza, el aroma del lirio y el helicriso que perfumaba siempre el templo de Hera. Sintió entonces bullir su sangre con un calor desconocido, regando sus miembros con fuerza casi inmortal.

Con los ánimos renovados, se volvió con arrogancia hacia Pándaro, quien también había reconocido en la desviación imprevista de su proyectil la intervención caprichosa de algún dios. Pero la grandeza de su oponente no hizo sino aumentar su coraje. Desarmado tras lanzar su jabalina, Pándaro corrió entonces hacia Turno, dispuesto a estrangularlo con sus propias manos.

Turno lo esperaba preparado, sintiendo crecer en su cuerpo aquel vigor que jamás había experimentado. El rojo de su penacho se tornó en sangriento grana, y de su escudo brotaron fulgurantes centellas.

Esta vez fue el rey de Ardea quien increpó a su rival.

—No esquivarás tú el golpe de mi espada —sentenció mientras Pándaro se precipitaba sobre él—, pues un brazo muy diverso del tuyo es el que te lo asesta.

Y, diciendo esto, alzó su arma y dejó caer la afilada hoja sobre la cabeza del gigante que se abalanzaba sobre él, partiendo por la mitad su frente y dividiendo sus prominentes mandíbulas de un limpio tajo.

Los troyanos observaban estupefactos los miembros del invencible Pándaro, que yacían inertes en la tierra, y las vísceras que cubrían sus armas y su escudo. La cabeza que ha-

bía sostenido el penacho que tantas veces siguieran en la batalla ahora, dividida en dos, pendía de uno y otro hombro del que fuera su comandante.

La presencia de la furia divina en la mano de Turno era abrumadoramente evidente, y los troyanos, cuando lo hubieron comprendido, se dispersaron en todas las direcciones huyendo del enemigo inmortal.

Consciente del inusitado vigor que había adquirido su brazo, el rútulo no dudó en descargarlo una y cien veces sobre los invasores extranjeros, arrollándolos y acometiéndolos hasta hacer rodar sus cabezas y sus dorados yelmos por el perímetro de la nueva Troya. Si, en aquel terrorífico momento para los dárdanos, Turno hubiera abierto una brecha en la empalizada por la que hubieran podido entrar los suyos, antes de la caída del sol Latino habría ganado la guerra.

Pero sus ansias de sangre amordazaron sus deseos de gloria, y con ahínco perseguía a los que debían ser sus perseguidores. La masacre continuó hasta que Ascanio, atraído por el clamor de la batalla, se desplazó hasta aquel lado de la fortaleza seguido por sus capitanes.

❧

El hijo de Eneas no pudo contenerse ante el espectáculo de ver a las tropas troyanas huyendo de un solo hombre, y con ardor increpó a sus soldados.

—¿Adónde vais? ¿Qué otro refugio pensáis que os queda? Los soldados que no retrocedieron ante la furia de los mares y la maldición de los dioses, ¿han de huir ahora ante un solo hombre que se encuentra cercado por nuestros muros y nuestras tropas? —Ascanio miró fijamente a sus

soldados antes de continuar, agradeciendo que su padre no estuviera presente en aquel deshonroso momento—. Prefiero mil veces enfrentarme a Turno, aunque todos los dioses del Olimpo lo protejan, que mirar a los ojos de Eneas y contarle que un solo rútulo ha sido suficiente para vencer al entero pueblo troyano.

Los dardanos se miraron avergonzados, pues nada temían del hombre, sino del divino brillo que lo cubría. No obstante, Ascanio estaba en lo cierto. Cuantas veces se habían enfrentado a la furia de los dioses siempre habían salido victoriosos, pues aún sostenían su espada en la mano. Tampoco ahora, si Eneas los hubiera comandado, si hubieran tenido con ellos su fuerza, nada hubiera logrado traspasar la coraza de valor de los troyanos. Sin embargo, privados de su caudillo, la duda había hecho presa en ellos, hasta que distinguieron en el hijo las razones por las que seguían ciegamente al padre. Inflamados por su discurso, detuvieron su huida y volvieron amenazantes las armas contra el enemigo que los perseguía.

Turno se dio cuenta entonces de que poco podía la superioridad de su fuerza contra la imbatibilidad de su número, y comprendió que estaba cercado. Acorralado de nuevo, su única posibilidad de salvación era la huida. Movió la cabeza de un lado a otro, tratando de encontrar un camino para emprender la fuga, pero de todos lados estrechaban los troyanos el arco que lo rodeaba, avanzando cauta pero inexorablemente hacia él. Movidos por el vigor de Ascanio y deseosos de recuperar el orgullo perdido ante los ojos de su príncipe y de sí mismos, acosaban al fiero rútulo con afiladas picas, dejando atrás su temor.

El corpulento rútulo retrocedía mientras trataba de encontrar un hueco por el que escabullirse, encolerizado por tener a todo el ejército troyano como testigo de su debilidad. La desesperación desencadenó su furia y, para sorpresa de sus enemigos, con su espada abrió un hueco en el muro de soldados que le impedía llegar hasta el lado izquierdo del campamento, por donde había decidido escapar. Aprovechando el desconcierto, consiguió alcanzar su objetivo, embarcándose en una carrera desesperada. Sin embargo, una vez allí, Turno se vio acorralado ante la empalizada, con el turbio Tíber a un lado y el furibundo ejército troyano, con el valor renovado, al otro. Debía tomar una rápida decisión, pues los dardanos no le daban tregua. Sus sienes zumbaban con el sonido repetido de las flechas que intentaban perforar su casco y las piedras que golpeaban su escudo como el granizo en los tejados. Un proyectil quebró su fiero penacho, y su escudo no iba a evitarle por mucho más tiempo las mortales heridas. Entonces, el propio Ascanio lo apuntó con su lanza. Turno lo miró fijamente. Su frente exudaba negro sudor de polvo y humo, y la sangre fresca que manaba de sus recientes heridas se mezclaba con las manchas secas de la de Pándaro, que lo había salpicado por entero al propinarle tan sobrenatural tajo. Recordando entonces cómo había logrado dar muerte a este último, y temiendo que la divinidad de Afrodita auxiliara a su nieto como Hera había hecho con él, se arrojó con sus armas al violento Tíber bajo la atónita mirada de los troyanos, que lo vieron precipitarse a una muerte segura. Sin embargo, Turno confiaba en que la diosa aún estuviera vigilándolo, perdida toda esperanza, se encomendó a la voluntad de la reina de los olímpicos. Por respuesta, el río lo acogió

blandamente en su rojo regazo y, meciéndolo entre pacíficas ondas, lo restituyó al lugar donde se encontraba el grueso de sus tropas, limpias ya todas sus heridas.

∞∞

Mientras, Eneas, ajeno a la situación de sus hombres, se dirigía ahora a las playas etruscas junto al príncipe Palante, que había ocupado el lugar en la batalla que su anciano padre se veía obligado a rechazar. Allí lo esperaban treinta bajeles venidos de las más fieras ciudades de aquel territorio para conducirlos hasta el Lacio. De repente, fue consciente de que no era ya el jefe de unos centenares de hombres, sino el caudillo de un ejército formado por miles de soldados.

Al pasar por los alrededores del bosque sagrado donde encontrara por primera vez a Evandro, Eneas hizo un alto en el camino con intención de realizar los sacrificios a Hera que Evandro le había aconsejado, así como al gran Zeus y a la protectora Afrodita. Dejando a los palantinos para seguir las advertencias de su rey, Eneas se adentró solo en la espesura. Tras consagrar al matrimonio soberano las mejores aves a las que había dado caza, tomó por último una joven tórtola y la inmoló a su madre inmortal. Después inclinó la cabeza para elevar sus plegarias a la diosa.

Al levantarla, sus ojos quedaron cegados por un abrumador destello: en el lugar que el ave ocupaba, el héroe encontró el más extraordinario conjunto de armas que jamás había empuñado un mortal. Atónito ante semejante prodigio, al principio no se atrevió a reaccionar. Luego, atraído por el sobrenatural brillo que desprendía, tomó en sus manos el dorado yelmo, cuyo penacho vibraba como una llama, y, tras unos segundos

de dubitación, se atrevió a ponérselo. El casco se asentó perfectamente en su cabeza, como si esta hubiera sido el molde. A partir de ese momento, Eneas tuvo la certeza de que aquellos dones le estaban destinados. Empuñó entonces la mortífera espada, que Hefesto, el dios herrero, había forjado nueve veces para él en su divina fragua a instancias de Afrodita, su bella esposa. Tras admirarse ante la empuñadura labrada y el cortante filo de su hoja, la introdujo en su funda de dúctil cuero para tomar la lanza entre sus manos. Eneas alzó la jabalina, asombrándose de su ligereza y flexibilidad, similar en sus características a los juncos que crecían a las orillas del Tíber.

Pero fue en el escudo donde el dios de la fragua había derrochado su divino talento. Al tomarlo entre sus manos, Eneas vio grabadas en él, en filigranas de oro y plata, un sinfín de figuras y ciudades que no supo reconocer, pero cuya magnificencia contemplaba embelesado. Hefesto había representado en él el futuro de su linaje tal como los hados se lo habían descrito a su esposa. Aún maravillado, embrazó el recio broquel, y su pulida superficie expandió por todo el bosque los dorados rayos del sol.

Así armado, corrió a buscar su reflejo en un arroyo cercano, pues necesitaba que la imagen del agua le confirmara que aquellos dones no eran fruto de su delirio, ya que apenas podía creer, él que era hijo de una diosa, en el carácter sobrenatural de sus armas.

Cuando estuvo ante las aguas, la imagen que le devolvió el arroyo le recordó más a la efigie de un dios que a sí mismo. Entonces, una etérea nube de polvo dorado bajó del cielo despejado y lo envolvió lentamente en una suave fragancia de mirto y rosa. Transportado por aquel perfume, recordó el



Eneas tuvo la certeza de que Afrodita le mandaba esas armas extraordinarias.

regazo dulce y protector de las ninfas del monte Ida, a las que su madre le encomendara. Eran memorias de su infancia, cuando Troya no obedecía órdenes griegas ni él había perdido a su amada esposa, antes de que la ira de Hera lo abocara al mar primero para después expulsarlo de la tierra que estaba destinada a ser su casa.

En este estado, el susurro del arroyo se transformó para él en una suave música divina, que le hablaba en la mas áulica lengua griega.

—Hijo mío —decía aquella música que fluía en su cabeza—. La misma forja que fraguó los rayos de Zeus ha librado estas armas, dignas del hijo de Afrodita. Presto habrás de usarlas, pues desconoces que la señora del Olimpo se ocupó de que los rútulos supieran de tu ausencia, y mientras tú le ofreces sacrificios, ellos asedian la nueva Troya. Tu hijo Ascanio se enfrenta al terrible Turno en su primera batalla. Dirígete al Lacio de inmediato, y que los hados te sean favorables.

Entonces, el perfume que lo envolvía se fue difuminando, mientras el polvo dorado se elevaba en una brillante espiral hacia el éter. Cuando sus partículas se evaporaban, Eneas sintió, pese a llevar puesto todavía su flamante yelmo, como acariciaba su mejilla una suave mano de finos dedos. Durante unos instantes, el héroe disfrutó del tacto de aquella mano, la misma que se hiriera en Troya para salvarlo.

No obstante, la noticia de que la nueva Troya estaba siendo asediada no le permitió entregarse a la melancolía. Con una ágil flexión de su brazo, se cargó la égida a la espalda e, ignorando que se echaba sobre los hombros el destino de la batalla a la que se dirigía, fue a reunirse con sus tropas.

4

LOS ALIADOS

La cruenta lucha entre latinos y dárdanos continuaba. El entrechocar de sus aceros se alzaba por el éter, resonando entre las columnas del soberbio palacio que, desde lo mas alto de la ciudadela donde moraban los eternos, dominaba el Olimpo celestial.

Al oír el sonido metálico, a la memoria de Zeus acudían los grandes héroes que habían medrado en la Tierra para perecer luego tempranamente en Troya. Resuelto a no permitir ni un solo instante más aquella insensata trifulca que conduciría a la aniquilación de latinos y troyanos, el acumulador de nubes convocó en su gran salón, en cuyo techo titilaban las luminarias de la bóveda celeste, al consejo compuesto por sus hermanos y sus hijos más poderosos, la familia de los olímpicos.

Zeus no ignoraba que las artífices de esta guerra eran su esposa Hera y su hija adoptiva Afrodita, entre las que media-

ba un abismo de hielo desde los hechos de Troya. La semilla de la cruenta guerra que había devastado medio mundo renacía para dar otro brote, pues nunca cesaba el afán de Hera por vengarse en el pueblo dárdano del desprecio de su príncipe Paris, que le negó el premio de la manzana dorada destinado a la diosa más bella para entregárselo a Afrodita. Zeus se sentía en parte culpable de aquellos hechos, pues fue él quien las había enviado al juez mortal con el propósito de evitar la responsabilidad de tener que elegir entre las contendientes. Tampoco esta vez quiso el dios interponerse entre las diosas. Irguiéndose en el trono que se imponía majestuoso sobre el resto de los solios de los dioses que lo rodeaban, interpeló a los eternos.

—De nuevo, dioses, contradecís mis deseos —bramó—. A menudo os pedí que no os inmiscuyerais en el enfrentamiento que llevó al incendio de Troya, y tampoco he querido traer al Lacio sus ascuas para que, inflamadas por los rútulos, ardan de nuevo. ¿Por qué habéis dispuesto que aquellos que iban a unirse por un matrimonio deseen ahora destruirse con el hierro?

Aunque se dirigió a todos los dioses, sus ojos estaban fijos en los de Hera. Su esposa desvió la mirada con arrogancia, omitiendo su alusión. El resto de los dioses allí reunidos, reticentes a mediar en las disputas domésticas de sus soberanos, guardaba silencio.

Afrodita, por su parte, miraba insistentemente a todos ellos, buscando el apoyo de los olímpicos en favor de su hijo. Nada podía esperar de la sabia Atenea, invicta en el combate, quien era demasiado juiciosa para comenzar un conflicto, pero, como potencia guerrera, no había dudado en pelear

junto a Hera cuando esta alzó su nívea mano contra el pueblo troyano, pues también su belleza había sido vencida en la misma lid. El recuerdo de su derrota brillaba en los ojos glaucos de la diosa, que la observaba glacial. Tampoco podía confiar en Ares pues, aunque conocía de sobra la pasión que ella le inspiraba, era amante de la destrucción y de la sangre y nada lo haría renunciar a la guerra. Uno a uno, todos los olímpicos esquivaron su mirada. Ni siquiera Hefesto, su propio esposo, se atrevió a salir en su defensa. El dios herrero ya sentía que había llegado al límite de lo permitido forjando las armas que Afrodita le entregara a Eneas. Si ahora hablaba en favor de su esposa, se indispondría con su madre, Hera, cuya ira le era bien conocida.

Avergonzado ante su bella esposa, el dios herrero inclinó la cabeza. Afrodita supo entonces que ninguno de aquellos dioses intercedería por ella, pues era demasiado grande el respeto que la poderosa señora, esposa del soberano universal, les inspiraba.

En respuesta a su silencio, Afrodita se levantó de su asiento, se dirigió con resolución al centro del gran salón e, ignorando al resto de los dioses, volvió sus vivos ojos hacia Zeus.

—¡Oh, padre de los dioses y los hombres! —exclamó—. Si contra tu voluntad han puesto los troyanos su casa en las tierras ausonias, abandónalos a su suerte para que el hierro latino expíe su culpa. Pero, si un oráculo, cuyos designios has respetado siempre, ha marcado su destino, ¿puede un dios, por excelso que sea, contradecirlo? ¿Le estaría permitido, sin tu consentimiento soberano, sacar a las erinias de los infiernos para forzar el tejido que, con sus hilos, tus hijas, las moiras, han trazado?

Zeus, incómodo ante las preguntas de su hija, se preparaba para dar una respuesta que satisficiera a las diosas sin que por ello pareciera que cedía ante sus requerimientos. Pero las palabras murieron en sus labios, pues Hera, airada por la insolencia que Afrodita mostraba al aludirla sin nombrarla, dejó entonces de esconderse tras su fingida indiferencia.

—¡Oh, Zeus! —exclamó enardeciendo su regia figura—, no pretendo negar mi participación en esta guerra, pero declino la responsabilidad de haberla comenzado. Las palabras de la dorada Afrodita me obligan a romper mi silencio. ¿Qué dios o criatura de los infiernos influenciada por mi poder ha abocado a Eneas a sus tortuosos viajes? ¿Quién dio causa para que se levantara en armas medio mundo contra el otro medio? ¿Encendí yo acaso la mecha del amor adúltero que años más tarde quemaría Troya empujando a la griega Helena, reina de Esparta, al lecho de un príncipe troyano para ganar una contienda de vanidad sobre el resto de las diosas?

Tras estas palabras, se detuvo para lanzar una mirada desafiante a todos los presentes, que se revolvieron incómodos en sus tronos.

—Aquel era el momento de temer por los tuyos —continuó volviéndose de nuevo hacia Afrodita—, vanas son ahora tus quejas. Por segunda vez quieres entregar a un troyano la mujer destinada a otro hombre, ¿y no puedo auxiliar yo a los que tan devoto culto me profesan? —preguntó mirando a la diosa con un brillo satisfecho en sus hermosos ojos.

Un murmullo semejante al que provoca el viento entre las hojas de los árboles se extendió por el inmenso salón. El asombro de los eternos había ido creciendo a medida que su señora hablaba y, si al comenzar su discurso todos los parecía-

res estaban con Afrodita, aunque no osaran manifestarlo, las razones de la señora del Olimpo habían dividido su juicio.

Como respuesta a sus inquisidoras preguntas, Zeus se levantó de su trono, aumentando el nerviosismo de los dioses con la natural autoridad que emanaba de su imponente figura.

—Escuchad —ordenó en un tono que excluía toda réplica—, y guardad bien mis palabras en vuestro ánimo.

Al estruendo de su voz, calló el éter, y la tierra vibró en las manos del titán que la sostenía desde hacía océanos de tiempo. Había asumido ante sí mismo su responsabilidad como soberano, y sabía que solo su autoridad podía emitir un juicio que las dos poderosas diosas acataran.

—No es ahora el momento de unir a troyanos y a latinos, como tampoco puede ponerse en este día fin a vuestra discordia. Pero fueran cuales fueran las esperanzas o los deseos de Hera o Afrodita, que a cada cual otorguen sus obras la fortuna o la derrota —sentenció—. Zeus es soberano de todos: los hados se abrirán camino en esta guerra en la que ningún dios volverá a intervenir, si no desea incurrir en mi ira.

Acto seguido, juró sus palabras por las aguas estigias e inclinó la cerviz, estremeciéndose con su movimiento todo el Olimpo. Alzando la cabeza se levantó de su solio y, seguido en solemne silencio por las divinidades allí congregadas, abandonó el gran salón.

∞

El humo de las hogueras que Turno había ordenado encender se elevaba al cielo, y en cada puerta de la muralla un destacamento de rútulos vigilaba a los troyanos. Estos, desde lo alto de sus trincheras, se armaban para enfrentar el asedio, releván-

dose unos a otros en la constante defensa de sus muros. En todo momento apuntaban a los rútulos con sus saetas, aunque su número era tan escaso y tan elevado el de sus enemigos que muchos de ellos no esperaban ver nacer el nuevo día.

Pese a sus temores, el sol se levantó sobre el horizonte sin que su situación hubiera cambiado, y su divina luz disipó las tinieblas, haciendo palidecer las titilantes hogueras que asediaban a los troyanos y sus amenazadoras sombras.

Los ojos de los guerreros, que despertaban lentamente a la claridad, se dilataron al ver un resplandor metálico atravesar la maleza de una arboleda cercana, acompañado de un batir de cascos que sacudía la tierra seca. Los troyanos tensaron sus arcos mientras los rútulos asían el puño de sus espadas.

De repente, ambos ejércitos creyeron encontrarse en presencia del dios Jano, salido de su templo tras abrir las puertas de la guerra. La cimera del terrible comandante de aquellas huestes infinitas venidas por mar y tierra arrojaba llamaradas, y su escudo despedía reflejos como relámpagos. Los soldados no salían de su desconcierto, hasta que la voz de Ascanio se oyó en ambos frentes.

—¡Padre!

Los dárdanos irrumpieron en vítores, celebrando la llegada de Eneas que algunos ya no se atrevían a seguir esperando. Los latinos, por su parte, desenvainaron sus espadas, y los enemigos atávicos por fin se encontraron. Etruscos y rútulos colisionaron unos contra otros como las olas contra las rocas en una furiosa tempestad.

Eneas se abrió paso entre la turba, buscando a Turno con su espada, arremetiendo contra las huestes rútulas como si fueran matorrales que obstruyeran su camino. Con su espa-

da divina, de un tajo partía el pecho de sus enemigos, atravesando sus corazas de acero. Hundía su filo en los costados de sus adversarios y lo retiraba con tal furia que no había expirado aún su rival cuando su lámina se encontraba ya en la garganta de otro adversario. En las bocas de los más enormes combatientes que gritaban amenazadores clavaba su jabalina mientras persistía en la búsqueda del rey de Ardea.

Desde la empalizada, los troyanos asistían expectantes al avance del hierro dardano. Ascanio no sabía si debía esperar las órdenes de su padre para salir fuera del campamento, pero sentía que no podía seguir por más tiempo simplemente contemplando la batalla.

Junto a él se encontraba el capitán Acates, que había luchado con su padre en la guerra de Troya. Al verlo a su lado en el fragor de la batalla, el hijo de Eneas tuvo una idea.

—Dame ahora aquellas flechas que trajiste de Troya —le ordenó—, aquellas que quedaron clavadas en los cuerpos de los griegos. Si hoy defendemos la nueva Troya de sus atacantes, no habrá una que no vuelva al lugar que le pertenece.

Los dárdanos acogieron con gran orgullo aquella ocurrencia, que disipó cualquier atisbo de duda sobre el temple de su capitán. Cuando Acates volvió con las flechas, desde la empalizada de la nueva Troya, los infalibles arqueros dárdanos lanzaron los legendarios dardos, que regresaron a su puesto en el pecho de sus enemigos, pues era más fuerte el brazo troyano que la carne rútula.

∞

Eneas, en el campo de batalla, había localizado el penacho de Turno. Al ver a su corpulento enemigo, cuya cabeza so-

bresalía por encima de cualquier otro contrincante, el dárdano se dio cuenta de las dimensiones que tenía aquella lid, pues hasta ahora el rútulo le había pasado inadvertido. Entonces, echándose el escudo a la espalda y enfundando su hierro, alzó la jabalina al mismo tiempo que retrocedía con su pierna derecha, alineando sus hombros con el arma. Ya había visualizado su objetivo y estaba tomando impulso cuando un atronador repiqueteo de cascos hizo temblar la tierra como si toda la vida que guardaba quisiese brotar al mismo tiempo. Súbitamente, una hueste de jinetes se interpuso como un muro entre su enemigo y él.

Camila, ciñendo la aljaba y con el pecho descubierto para la lidia, atacaba a la cabeza de la caballería volsca. Para nada servían sus equinos en un asedio, y la reina se había mantenido encubierta con sus tropas en un paraje cercano, lista para entrar en combate en el caso de que Eneas regresara con la ayuda etrusca, como había sucedido. Enseguida su caballería se enfrentó con la troyana. Cada guerrero eligió a su adversario, recrudeciendo la violencia del combate. Pronto un polifónico gemido brotaba de un lago de sangre donde se confundían caballos y hombres.

La reina cabalgaba mostrando su blanca carne que la vestía como una plateada armadura, y sin cesar en su carrera, disparaba sus dardos contra los etruscos. Sus contendientes caían dejando que sus desbocadas monturas pisotearan con indolencia los cuerpos agonizantes en el campo de batalla.

Avanzaba en recta línea seguida de sus capitanas, evitando los rodeos y aniquilando a cuantos soldados encontraba a su paso mientras bucaba infatigable a Eneas. Pero no todos se apartaban ante ella. Caico, el vigía que dio la voz de alarma,

fue consciente al ver avanzar a la furiosa soberana hacia él de que si huía, acabaría con una lanza en la espalda, y de que su ánimo no soportaría la espera. Comprendiendo que no tenía alternativa, espoleó su caballo y fue a su encuentro.

Frente a frente, ninguno de los dos tiró de las riendas para frenar sus monturas, y ambos caballos entrechocaron furiosamente. Solo su pericia mantuvo a los jinetes en las sillas. Sin embargo, cuando Camila empuñaba su espada para defenderse de la que asía el valeroso Caico, este, sabiendo de su destreza, no atacó a la reina, sino que aprovechó la colisión para sesgar de un solo tajo el cuello de su caballo. El animal se desplomó inmediatamente en el suelo. Enseguida se incorporó la poderosa amazona, y con los pies firmes sobre la tierra blandía su espada contra Caico, que la miraba en picado desde su corcel. Para sorpresa del guerrero, la reina de los volscos no pareció acusar la pérdida de su montura, y acosaba al jinete y a su bestia como si ella también estuviera montada en una.

—¡Miserable troyano! —gritó airada—, vanamente has usado tus cobardes astucias contra una reina. De nada te valdrá tu ardid, pues pronto templarás mi acero con el último calor de tu cuerpo.

Amedrentado por sus palabras, Caico se dio cuenta de que su enemiga era tan fiera sobre su caballo como sin él, y espoleó a su corcel, tratando de batirse en retirada. Camila, furiosa por la muerte deshonrosa que había dado a su espléndido alazán, lo perseguía velozmente. Pronto sus piernas montaraces dieron alcance al caballo y, mientras asía del freno al animal y lo atraía hacia ella, ensartó a su jinete con su espada tan profundamente que la bestia huyó desbocada por



Moviendo su blanca carne, Camila arengaba a los soldados que hallaba a su paso

el campo de batalla, montada por el cadáver de Caico atravesado por la espada volsca mientras la mirada de Camila los seguía con desprecio.

Desprovista así de su espada, la reina se volvió con la esperanza de encontrar otra en alguno de los cuerpos inertes que cubrían la tierra cuando un arma como la que había perdido atravesó limpiamente su seno descubierto. Palante, iniciándose así en la batalla, no había dejado de seguirla a prudencial distancia buscando alcanzar con su astucia la victoria sobre ella. Cuando vio que el cadáver de Caico desaparecía con la espada de la reina, salió de entre las sombras y, antes de que la brava guerrera supiera que tenía un enemigo delante, su sangre escarlata manchaba la blancura de su pecho.

◆◆

Eneas, que con la irrupción de Camila había perdido de vista el rojo penacho de su rival, no dejaba de buscarlo mientras con su lámina diezmaba al ejército enemigo.

Pero no fue al rey de los rútulos al que encontró, sino a aquel que todos llamaban despreciador de los dioses, el depuesto rey Mecencio. El capitán rútulo hacía estragos en la dirección contraria arrojándose sobre los enemigos como un león hambriento. Al avistar al caudillo de los troyanos, armado como él con una lanza en la mano, Mecencio clavó firmemente sus pies en el suelo.

Ambos se midieron de frente. Mecencio era mayor de lo que Eneas esperaba, y su senectud detuvo por un momento la mano dárdana. Sin embargo, el antiguo rey de Agila, impertérrito ante la sobrecogedora presencia del hijo de Afrodita, lanzó su jabalina sin esperar a que reaccionara.

Probados cientos de veces en el curso de sus viajes, los reflejos de Eneas fueron más rápidos que el brazo enemigo, y su escudo se alzó en el aire como el disco solar repeliendo aquel rayo. Desviada su trayectoria por el ágil troyano, la lanza fue a clavarse en el pecho del último hijo de Tirreo que aún quedaba con vida.

La osadía de Mecencio reavivó en su memoria las atrocidades que de él le contaron los etruscos, y, furioso, lanzó contra él su jabalina con toda la fuerza de su brazo. El dardo, que jamás se saciaba de la carne de los enemigos de Troya, atravesó las chapas de bronce y las pieles que protegían a Mecencio para ir a clavarse en su ingle, de la que comenzó a brotar la sangre con la misma violencia con la que antes brotaran las palabras de su boca.

No cometió el error Eneas de tener piedad dos veces del mismo enemigo y, desenfundando su espada, corrió a finalizar con su puño el trabajo de su brazo.

Cuando se disponía a darle muerte, un joven guerrero se interpuso entre ellos. Lauso, que había presenciado la escena, no podía permitir que su padre muriera arrodillado ante Eneas como un esclavo. Y, en el preciso momento en que el troyano descargaba su espada sobre Mecencio, lo escondió bajo su escudo. Mecencio pensó que el cielo se había abierto al oír el atronador golpe de la espada de Eneas sobre la égida de su hijo, que aún vibraba con la fuerza del choque. Sus hombres, alertados por el ruido, se lo llevaban del campo de batalla parapetado en el broquel de su hijo. Al mismo tiempo, los soldados rútulos disparaban sus flechas contra el caudillo troyano, pues ninguno de ellos se atrevía a enfrentarlo con la espada.

Eneas, sintiéndose acorralado en una lucha indigna, sostenía su escudo como si fuera una nube guerrera que tronase sobre él. Sin embargo, no temía por su vida, pues solo deseaba enfrentarse a Lauso, que había creído poder acabar con el hijo de Anquises y Afrodita como si estuviera dando caza a un ciervo.

Entonces, cuando aquellos cobardes arqueros hubieron vaciado sobre él la aljaba de sus flechas, Eneas se irguió como un gigante en la cima de su cólera y, sin que ninguno de los rútulos tuviera la oportunidad de reaccionar, clavó la divina espada hasta la empuñadura en el vientre de Lauso.

El héroe, con el cadáver de Lauso desplomado bajo sus brazos, se volvió hacia aquellos que habían descargado la tormenta de flechas sobre él, dándoles órdenes como si estuvieran bajo su mando.

—¿A qué esperáis? —los apremió— ¿Creéis que Eneas dejaría que los buitres desmembraran el cadáver del hijo que cumplió su deber filial solo porque su padre no fuera digno de ello? No seré yo, como Mecencio, quien otorgue al honor el valor de la carroña.

Los soldados, sorprendidos, tomaron el cuerpo de Lauso. Sin decir palabra, lo pusieron sobre su escudo y lo llevaron ante Mecencio, que lavaba sus heridas en el rojo Tíber, cuya corriente se llevaba las señales de su derrota.

ººº

Al ver el cuerpo de su hijo depositado encima de un escudo ajeno, pues Mecencio había abandonado el campo de batalla bajo el suyo, el destrozado padre cayó de rodillas sobre la tierra, con los ojos anegados por el llanto.

—¡Por tus heridas me he salvado y por tu muerte vivo! —exclamó entre lágrimas— Mis crímenes le otorgaron un ejército a Eneas, pues a consecuencia de mi pasada soberbia se han aliado con él los etruscos.

Entonces, incapaz de caminar con la herida abierta, montó con ayuda de sus soldados en su viejo corcel, un indómito ejemplar castaño que nadie sino él podía montar. El caballo conocía perfectamente el peso del cuerpo de su amo, y nadie más había sabido sostenerse en su grupa ni siquiera el tiempo suficiente para agarrar las bridas.

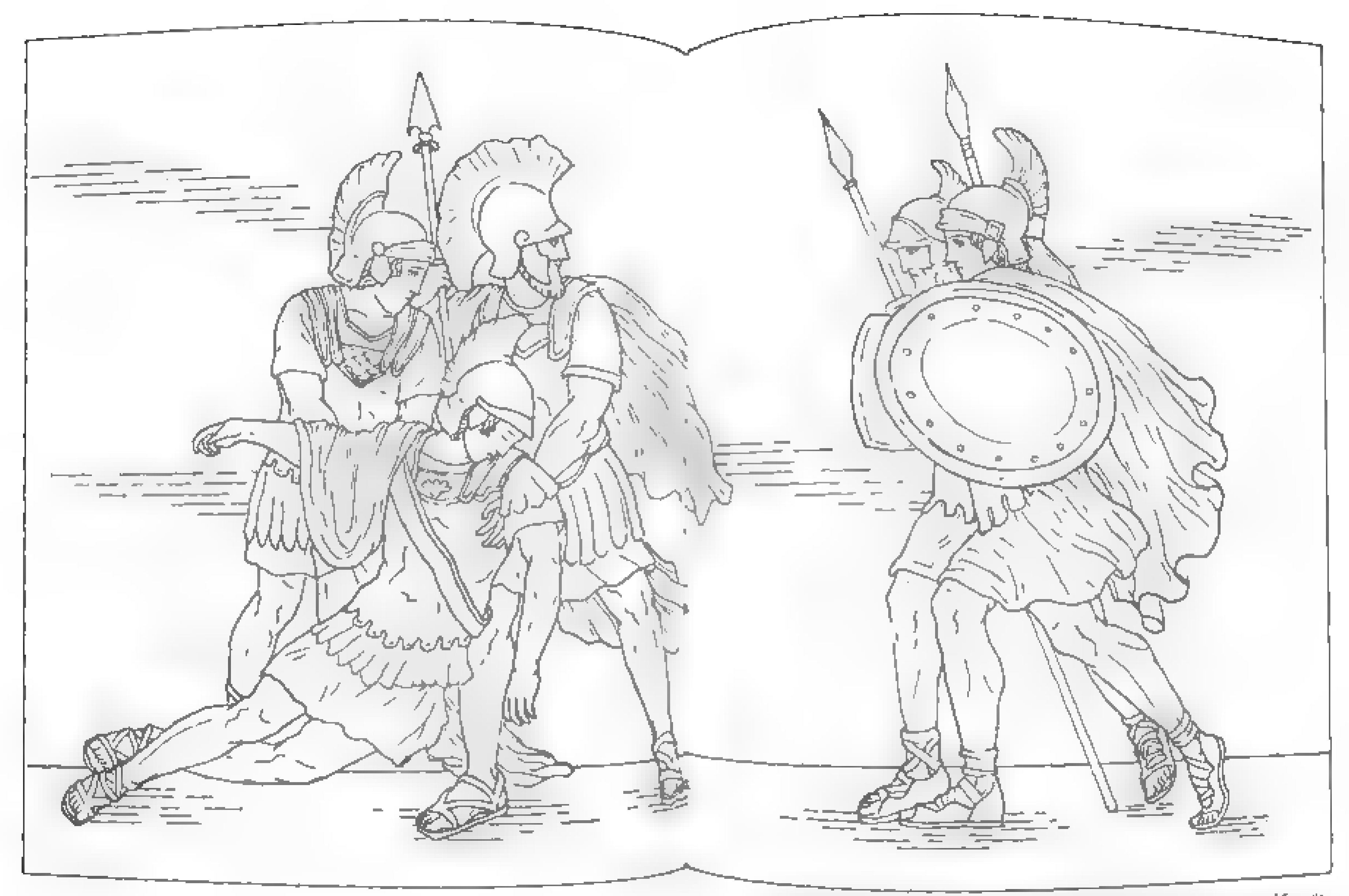
Una vez erguido sobre su montura, susurró unas palabras al oído de la bestia, para poder de ese modo decírselas también a sí mismo.

—La misma suerte nos espera, pues ahora no somos más que uno, como aquellas criaturas mitad hombre, mitad caballo. Mi mente dirigirá tus pasos, y tus cascos recorrerán el que podría ser nuestro último camino: aquel que nos llevará hasta Eneas. Vengaremos la muerte de Lauso o sucumbiremos juntos, pues ninguno de los dos sabemos someternos a yugo ajeno.

Recuperando con esa afirmación parte de las fuerzas perdidas, se lanzó en una intrépida carrera entre los escuadrones troyanos, prendido de las crines cobrizas de su bestial aliado. Movido tanto por la ira como por su propia deshonra, gritaba el nombre del hijo de Anquises por el campo de batalla.

—¡Eneas! —aullaba sin importarle las flechas enemigas que caían sobre él—. ¡Eneas!

Tres veces lo había llamado cuando el guerrero que buscaba salió a su encuentro sosteniendo amenazante su lanza, como si volvieran a representar el mismo combate.



Eneas mandó a sus soldados que llevaran el cuerpo de Lauso ante el rey Mezencio

—¿Crees que puedes amenazarme con la muerte, bárbaro, después de arrebatarme a mi hijo? Ni temo a los infiernos ni pido auxilio. He venido ante ti a ofrecer un sacrificio, y por eso te traigo estos dones —dijo Mecencio mostrando sus flechas.

Apenas pronunciadas estas palabras, hizo caracolear su caballo alrededor de Eneas y disparó contra él tres proyectiles que el troyano, manteniéndose siempre en pie a pesar del acoso del caballo, recogió con su escudo.

El héroe dardano, irritado por el tiempo que perdía al luchar por segunda vez con el mismo enemigo y la ayuda que estaba negando a sus tropas mientras era acosado de forma desigual por aquella bestia zaína, arrojó su lanza contra las brillantes sienes de la montura, que, levantándose de manos, lanzó a Mecencio a tierra antes de aplastarlo con su sofocante peso al caer sin vida sobre él.

Eneas, acercándose a su enemigo, desenvainó su espada y apuntó con ella a su garganta.

—Mátame —le ordenó Mecencio—. No he venido a la guerra para que me perdones la vida. Pero si una merced hay para los enemigos vencidos, esto te ruego: permíteme ser sepultado junto a los despojos de mi hijo. Rodeado estoy por mis enemigos, cuya ira no se aplacará con mi muerte. Concédeme ser enterrado y tener a mi hijo por compañero, y demostrarás dándome muerte ser más piadoso que si hubieras conservado mi vida.

Tras estas palabras, apretó los labios, acatando los designios de los hados. Al pronto sintió la espada de Eneas atravesarle la garganta, y sobre las armas del asesino de su hijo exhaló su último aliento.

5

Una puerta se cierra

La luz de la aurora parecía restituir el alma a los despojos de los guerreros de uno y otro bando que yacían en el Lacio. Al fin se mezclaba la sangre latina con la troyana cumpliendo de forma macabra la voluntad del oráculo. El sonido seco de las hachas golpeando los árboles cercanos pautaba los movimientos de los soldados que los talaban para construir las piras funerarias, mientras otros recogían agua rojiza del Tíber con la que lavar los cuerpos de sus compañeros y prepararlos para que emprendieran su viaje al inframundo. El viento extendía por las llanuras ausonias el humo negro y el olor de la carne quemada.

El propio Eneas, herido en la pierna izquierda por una flecha perdida de la que ningún latino pudo atribuirse la gloria, había añadido su sangre a la de aquellos soldados. El héroe se lamentaba en silencio del aciago cumplimiento de los hados mientras recogía los cadáveres de los caídos

y organizaba la preparación de sus funerales. Gracias a los cuidados de Acates, el corte había cicatrizado, aunque el soldado le había advertido que tuviera cuidado, pues la curación era engañosa. En vano había tratado su amigo de que permaneciera en su tienda mientras los demás se dedicaban a los fúnebres trabajos. Eneas no podía quedarse descansando mientras su pueblo incineraba a los caídos. Su ánimo no se lo permitía, aunque hubieran vencido en la batalla, el rey de los dardanos se sentía derrotado. Muchos de aquellos hombres lo habían acompañado desde Troya con la esperanza de recobrar la paz en aquellas tierras donde solo sus cuerpos habían encontrado descanso. Pero no solo por los troyanos se lamentaba su rey: no podía apartar de su mente la idea de que los caídos latinos estaban destinados a ser sus súbditos, y en lugar de ello habían alcanzado la implacable muerte por la mano llamada a gobernar con justicia sus vidas. Acosado por aquel pensamiento y por el profundo anhelo de no prolongar el sufrimiento de los pueblos que su matrimonio con Lavinia hubiera unido, Eneas decidió apelar por última vez a la sabiduría de Latino. Pese a la superioridad que el combate le había otorgado, el hijo de Anquises creía firmemente en el oráculo que los había llevado hasta allí, por ello había enviado un emisario para reiterar su propuesta de matrimonio a la sensata Lavinia y así firmar la paz con los ítalos.

Aún extendía la noche sus negras alas cuando Eneas despachó al emisario. El caudillo, sin dejar de dirigir las labores de construcción de las piras, oteaba a cada rato el horizonte, esperando ver llegar a un mensajero rútulo. De repente, sus ojos distinguieron un grupo de hombres que se acercaba



Gracias a los cuidados de Acates, la herida de Eneas parecía haber cicatrizado.

mansamente a caballo. En un primer instante, creció el desconcierto en su ánimo, pues la vida de los suyos y el futuro de su linaje dependían de aquella respuesta. Pero entonces se extrañó del elevado número de jinetes que formaba el grupo, una cantidad que sobrepasaba con holgura la necesaria para portar un mensaje, aunque era a lo sumo insuficiente para representar un ataque. Su juicio se vio corroborado por la indumentaria de los enviados latinos, que traían sus cuerpos ceñidos con ramas de olivo para descartar el carácter bélico de sus intenciones.

—A tu piedad apelamos, rey de los troyanos, pues es también conocida del otro lado de tus murallas —dijeron cuando estuvieron ante él—. Permítenos conceder los honores funerarios a nuestros hermanos que yacen en este campo.

Pese a que no le traían las noticias esperadas, Eneas experimentó un inmenso alivio al oír su ruego. Se sentía responsable de velar por aquellos soldados en su muerte, pues si bien habían sido sus contrincantes, la amistad que aun profesaba al pueblo latino le impedía, lejos del combate, considerarlos sus enemigos.

—Me rogais paz para los muertos, y yo quisiera otorgársela a los vivos —respondió frustrado—. Los latinos cuyos cuerpos reclamáis deben su destino tanto a las afiladas saetas de sus adversarios como a la avidez de aquellos que los condujeron al campo donde yacen ahora mismo. Recoged a vuestros compañeros, ningún troyano osará impedíroslo.

Impresionados por las palabras del caudillo del ejército enemigo, los emisarios se miraban atónitos, admirados ante su ecuánime justicia. Luego, el de mayor autoridad entre ellos, le agradeció aquella respuesta con febril entusiasmo.

Así, cuando el sol del mediodía los privó de su sombra, los troyanos herían los fresnos y astillaban con cuñas robles e higueras mientras los latinos llenaban sus carros con los despojos de sus compañeros caídos.

∞∞

El cadáver de Palante, el hijo del rey Evandro, descansaba en lo alto de una enorme pira funeraria. El mismo Eneas había lavado su cuerpo y puesto en sus ojos las monedas con las que pagaría su viaje al inframundo. El heroe troyano, de pie frente al armazón de madera, sostenía con firmeza la tea que prendería las llamas de su tumba.

—Mal he correspondido a la confianza que tu padre me brindara —se recriminaba ante el cuerpo del valiente soldado—, pues he pagado la generosidad que me ha llevado a la victoria con la muerte de su hijo.

Con la antorcha aun en sus manos, el caudillo dárdano se resistía a incendiar la pira. Palante había sido un gran soldado, solo él supo parar la furia de Camila, privando así a las terribles huestes volscas de su comandante. De no haber sido por su valor, muchos de los troyanos que ahora lo lloraban lo habrían acompañado al inframundo. Al menos en eso había cumplido la palabra dada al rey Evandro cuando partió, pues había hecho de su hijo un guerrero. Por ello quería que Palante abandonara el mundo como un soldado, y había insistido en vestirlo con sus propias armas. Pero el rico tahalí de cuero bordado del que colgaba su espada había desaparecido, y Eneas había enviado a algunos de sus hombres al lugar en que fue encontrado el cuerpo de Palante para tratar de recuperarlo.

En esos momentos, un emisario a caballo, vestido a la manera de los rútulos, irrumpió en el campamento. Se acercó hasta una distancia respetuosa al capitán troyano, descendió de su montura y, con deferencia, se presentó ante él. De inmediato reconoció Eneas al portador de la respuesta que había estado esperando. Con la tea encendida aún en la mano, el caudillo le ordenó que hablara.

—Rey de los troyanos. Turno te envía la respuesta a tu mensaje: no hay razón para que nuestros pueblos sufran una guerra, ni son inevitables estos desastres. Aún insistes en que Lavinia sea tu esposa, y que su dote contenga un trono. Solo Turno te disputa su mano, y solo a Eneas pretende combatir. Por ello el rey de Ardea acepta resolver vuestra diferencia en singular combate, y que ambos pueblos acaten la voluntad de los hados.

Mientras el mensajero rútulo se alejaba, Eneas arrojó la antorcha a la pira, que se consumió lentamente ante la mirada de los soldados. Cuando las llamas condujeron a Palante a su nuevo destino, el caudillo troyano se dirigió con paso firme a su tienda para preparar sus armas, forjadas y otorgadas por las manos de los dioses.

ooo

En la ciudad de Latino, la desesperación hacía mella en sus gentes, creando pequeños tumultos en los que los soldados del rey invertían sus últimas fuerzas. Madres que ya no tenían hijos y esposas sin marido, enfurecidas por el dolor y alentadas por su propio desamparo, alzaban sus voces contra el rey Latino, que permitía que las aspiraciones de Turno devastasen su propio pueblo.

Los soldados apenas se atrevían a contenerlas, pues aquellas eran las madres y las mujeres de los compañeros que habían luchado y caído junto a ellos. Se limitaban a impedir que entraran en el palacio del rey.

—¡Que sea Turno quien corra la suerte de las armas —reclamaban las voces de las viudas—, puesto que para sí reclama los supremos honores!

En el palacio ítalo, estas voces se repetían como un eco desde que tuviera lugar la última batalla, y llegaban claras hasta el megaron donde el rey Latino, con aire cansado, se encontraba reunido con Turno y Amata. Lavinia también estaba presente, pues era el báculo al que el rey confiaba el reposo de su vejez.

—¿Oís esos gritos? —dijo el rey a Turno y a su esposa—. Es mi propia voz, aquella que sofoqué al inicio de esta insensata contienda y que ahora me habla por boca de mi pueblo. He obrado como un insensato, pues siendo ya anciano para empuñar la espada, pude al menos evitar la cobardía tomando una firme decisión con buen juicio. En lugar de ello, delegué la responsabilidad en vuestras manos, pese a estar convencido de que los hados no me permitirían unir a mi hija a ninguno de sus antiguos pretendientes.

Amata callaba. Sabía que no debía intervenir mientras su marido se lamentaba. El Lacio necesitaba de la fuerza del rey de Ardea, no de los remordimientos de Latino, se decía, y las voces del pueblo se acallarían cuando este resultara vencedor.

Turno, sin embargo, no compartía su confianza.

—También yo oigo esas voces, rey Latino, y juzgo justa como tú su petición. Por ello he mandado un emisario a aceptar la propuesta de Eneas de resolver nuestras diferencias en un singular combate. El caudillo dárdano, sin embargo,

no ha enviado aún noticias. Ahora comprendo que esperaba que yo lo rechazase y mi cobardía ocultara la suya. Debe de pensar que una nueva batalla le dará la victoria, pues sabe que sus aliados son más fuertes, y que las demás regiones han rechazado pactar con el Lacio. Poco importa al extranjero la suerte de los rútulos o la unión con el pueblo latino: solo el trono desde el que ahora me hablas.

Amata sonrió de soslayo al ver la turbación de su esposo, que comprendía al fin el tipo de guerrero al que había querido conceder la mano de su hija y el cetro de su reino. Sin embargo, la sonrisa desapareció de sus labios cuando se fijó en que Lavinia, su propia hija, parecía contrariada. Miraba a Turno con una desconfianza que hasta aquel instante no había reflejado su inocente juventud. Amata se alegró entonces de que su hija hubiera estado presente en la declaración de Turno, y viera la verdadera faz del hombre que su padre había estado a punto de darle por esposo.

En ese momento, un guardia apareció en el megaron: Eneas, a las puertas de la ciudad, exigía encontrarse con Turno.

ooo

Al otro lado de la muralla latina, Eneas esperaba a Turno a la cabeza de su ejército, pues sus capitanes lo convencieron de que, si se presentaba solo con una cohorte al desafío, sería demasiado fuerte la tentación del rey de Ardea de cambiar de opinión. Encaramado en los muros y los tejados de las casas, el pueblo latino se estremeció al ver a las imponentes hordas a los pies de la ciudad. Los ítalos empezaban a temer que el hijo de Afrodita quisiera vengarse en ellos del desplante que su rey le hiciera.

Eneas fue consciente de sus sospechas, pues no carecían de fundamentos, y se dirigió con voz clara a ellos, que lo escuchaban en reverente silencio.

—¡Sed testigos, oh, latinos, de las palabras que os dirá Eneas! —exclamó—. He venido a enfrentarme a Turno en singular combate por la mano de Lavinia. Pero habéis de saber que, si los hados se declarasen en favor de mis armas, no ordenaré a los ítalos que obedezcan a los dárdanos, ni reinaré sobre ellos, sino que procuraré que latinos y troyanos se unan en una eterna alianza.

Un murmullo de admiración recorrió el pueblo rútulo, impresionado por la imponente figura de Eneas llevando las inmortales armas que su madre le diera.

De repente, las murallas de la ciudad se llenaron de soldados latinos apuntando con sus flechas al ejército enemigo, que reaccionó tensando a su vez sus arcos. En ese momento, las puertas de la muralla chirriaron pesadas para abrir paso al gigantesco Turno, que avanzaba con determinación.

—Rútulos y latinos, ¡bajad las armas! —ordenó el rey de Ardea—. Justo es que yo me enfrente en lugar de todos vosotros a quien pretende arrebatarme una esposa. Si Eneas no piensa tomar represalias contra este pueblo, entonces mi fortuna es solo mía, y nada he de temer ya por vosotros.

Eneas, por toda respuesta, hizo una señal a su ejército y rútulos y troyanos desciñeron las armas. Desde aquel momento, solo se concentrarían en observar el mínimo acontecimiento que ocurriese sobre el campo de batalla. Pero los soldados no eran los únicos. La familia real latina no perdía detalle de la lid desde la terraza de palacio. Lavinia contemplaba aquellos dos héroes que habían hecho vibrar el suelo

de. Lacio al frente de sus ejércitos, y se preguntaba cuál de ellos se convertiría en su esposo.

Turno, robusto y gigantesco en su armadura, se le antojaba la imagen de la fuerza y la tenacidad, como lo había sido siempre desde que se conocieran siendo niños. Luego desvió su mirada hacia Eneas. Ahora podía hacerlo, pues nadie la observaba ni podían juzgarse sus deseos. La prodigiosa coraza que Afrodita le regalara solo resaltaba la flexibilidad de su cuerpo curtido en la batalla, y su rostro, enmarcado por el yelmo de oro, era tan bello como el de un dios. Sin embargo, una pátina de sufrimiento lo empañaba, aunque el dárdano se esforzara en ocultarlo. Entonces, Lavinia se fijó en que un pequeño reguero de sangre recorría su pierna izquierda. La reciente herida, pese a los cuidados que Acates le había aplicado, se había abierto de nuevo, pues no había dejado el capitán troyano un segundo para el reposo.

Lavinia pudo entonces apreciar la piedad de Eneas, que prefería enfrentarse solo a su destino pese a hallarse herido que seguir abocando a sus huestes a nuevos enfrentamientos por su causa. La joven se admiró de su valor, pues sabía muy bien que los troyanos lo habrían seguido de habérselo ordenado, dispuestos siempre a respetar el buen juicio y la autoridad de su rey. Muchos de ellos, recordaba, habían dado con orgullo su vida para que ahora él pudiera enfrentarse al rey de Ardea. En aquel momento, Lavinia se descubrió a sí misma preocupándose por la herida del hijo de Anquises, y un rosado rubor alcanzó sus mejillas. Pero su lealtad hacia Turno y su padre no desaparecía por ello, y contemplaba atribulada cómo los dos contendientes se erguían firmes y desafiantes, y deseó que ninguno de ellos osara levantar la mano contra el otro.

A todo esto eran ajenos los dos contrincantes. Las miradas ansiosas no lograban atravesar sus corazas, y las voces exaltadas de ambos pueblos no conseguían penetrar en sus oídos. Solo se miraban el uno al otro, pues al fin se encontraban frente a frente sin impedimentos para darse muerte.

Súbitamente, como activados por el mismo soplo divino, ambos echaron la pierna hacia atrás, blandieron su jabalina y empezaron una impetuosa carrera el uno hacia el otro, como si de repente no pudieran aguantar un segundo más sin que se produjera aquel encuentro largo tiempo postergado. Desde la distancia arrojaron sus picas, fallando ambos el tiro. Sin detenerse, colisionaron el uno contra el otro, chocando sus escudos y cruzando sus aceros. Ambos caudillos se martilleaban con las espadas, acribillándose de heridas mientras el gran fragor de sus armas atronaba el viento.

En lo alto del Olimpo, los dioses seguían tan atentos como los mortales el desarrollo de la lucha. De repente, Turno, juzgando la ocasión propicia, de un salto se irguió en el aire y alzó la espada, hiriendo con su aguijón el hombro de Eneas.

Los soldados rútulos estallaron en vítores, pero sus gargantas se helaron de repente al ver que Eneas, sin ceder un centímetro pese a la sangre que derramaban sus heridas, combatía con igual fiereza la espada rútula. El hijo de Afrodita, levantando su espada tan alto como su brazo se lo permitía, descargó toda su fuerza sobre Turno. El rútulo logró parar el golpe interponiendo su espada, pero, si su mano fue lo suficientemente firme, no fue este el caso de su espada que, frágil como el hielo, estalló en mil pedazos bajo el letal golpe de Eneas. La sorpresa de Turno superó a su miedo, pues no comprendía que estallara así la espada de hoja

inmortal que su padre le diera, por más que se enfrentara a la más afilada lámina jamás salida de la fragua de Hefesto. Turno miraba sin entender la empuñadura desconocida que sus manos sostenían. Entonces comprendió que, durante el fragor de la batalla, había debido de cambiar su espada por otra muy similar.

Desarmado frente al glorioso Eneas, Turno no tenía otra salida: emprendió una veloz huida hacia el bosque adyacente perseguido de cerca por el indignado héroe, cuya herida le impedía darle alcance. En su fuga, Turno incitaba a los rútulos al ataque o a su defensa.

—¡Soldados! —gritaba—, vuestro comandante está desarmado. Dadme mi espada o intervenid con la vuestra.

Pero Eneas, que había aprovechado la huida de su enemigo para recuperar su pica, continuaba acosándolo pese al dolor que le producía la carrera, los previno:

—¡Ni vosotros ni mis hombres intervendréis más en esta lucha! Dos reyes han dado su palabra: desde ese momento, no volveremos a medirnos con ningún soldado!

Eneas continuó persiguiendo a Turno sin tregua, adentrándose cada vez más en la espesura. Entonces, fatigado por la caza que daba a su presa, se detuvo en seco y apuntó al rútulo con su lanza. El troyano erró de nuevo el tiro, y el proyectil fue a clavarse en un acebuche de plateadas hojas, dejando ahora a Eneas desprovisto de su pica.

Mientras el troyano se afanaba inútilmente en recuperar su lanza, Turno, exhausto, se detuvo a contemplar la frustración de su enemigo, que no lograba liberar su arma de aquel tronco en el que se había instalado como una nueva rama. En ese momento, se apoderó de él una sensación similar a la

de aquella vez en la que se quedó atrapado en el campamento troyano. De repente, la espada de su padre se encontraba en su mano. Al instante se volvió el rey de Ardea y fue a atacar al héroe troyano, que no lograba librar su lanza de su cárcel de madera.

Desde lo alto, los dioses no perdían detalle de la batalla entre los dos extraordinarios mortales. Todos vieron la mano de Hera en la mágica aparición de la espada de Turno y, de consiguiente, Afrodita se sintió legitimada a actuar en consecuencia.

Envolvió su cuerpo inmortal en invisibilidad y, oculta así a los ojos de los hombres, abandonó el Olimpo celeste y, surcando el éter en raudo vuelo, llegó hasta el Lacio, donde Eneas aún se afanaba en arrancar la lanza del árbol. Unió entonces sus fuerzas divinas a las de su hijo y logró extraer para él la jabalina que Hera había aprisionado en aquel acebuche. Durante la manipulación, el héroe había sentido una fuerza que no podía ver, y no dudó el hijo de que pertenecía a su intrépida madre. Los contrincantes, de nuevo armados gracias a la intervención de las diosas y confiando uno en la espada y el otro en la lanza que sus protectoras les proporcionaran, recomenzaron, entre jadeos, la enconada lucha.

ooo

Zeus, colérico por la desobediencia que su esposa había mostrado, fue al encuentro de Hera, que después de haber armado al guerrero rútulo, se había instalado en una blanda nube a contemplar la batalla.

—¿Por qué, a pesar de mi prohibición, devolviste a Turno la espada que el destino le había arrebatado? —preguntó con voz inquisitoria.

Hera, en lugar de responder airada ante su cólera como Zeus esperaba, lo miró con gesto preocupado. Ella también comenzaba a estar cansada de aquella guerra. La ira de Zeus despareció ante el sufrimiento que leía en los bellísimos ojos de su esposa.

—¿A qué esperas, esposa mía, para poner fin a este conflicto? Ni siquiera a ti misma ayudas al infringir mi mandato —continuó diciendo en un tono más dulce—. Déjate convencer por mis ruegos y apártate de esta venganza, que ha durado demasiado tiempo y te devora por dentro.

Hera inclinó su grácil cuerpo hacia su esposo, y tomó las manos de Zeus entre las suyas.

—Ciertas son tus palabras, esposo mío, pues también estamos los dioses sujetos a los hados. Aborrezco esta guerra que no trae sino trifulcas a nuestro lecho y glorias a mis enemigos —respondió con entereza—. Una sola cosa te imploro, Zeus, en la cual el oráculo no se ha pronunciado: cuando ambos reinos sean unidos por pactos y leyes, deja que los latinos conserven su nombre, y que así se llamen los que harán gloriosa esta nación futura. Troya ya no existe, permite que tampoco existan los troyanos, y que al menos esta contienda haya dado fin a ese nombre.

Zeus sonrió ante el orgullo de su hermana y esposa, en el que reconocía el suyo propio.

—Así sea, hermosa Hera. De buen grado cedo ante tu voluntad. Los ausonios conservarán la lengua y las costumbres de los suyos, y junto a los hasta ahora llamados troyanos formarán un solo pueblo: el de los latinos.

Hera asintió complacida. Sus anteriores deseos de venganza iban poco a poco abandonando su mente y, sintiéndose libe-

rada de la ira que la ataba a la batalla, así como conmovida por el afán de su esposo por agradarle, rodeó con sus brazos el cuello de Zeus, llevando los labios a los suyos. Después, la diosa regresó en blando vuelo al Olimpo, dándose por satisfecha.

Zeus la contempló con renovado afecto mientras se alejaba, pero el deber que se había impuesto le impedía acompañarla. Como hiciera con anterioridad su esposa, supo que era el momento de convocar a la erinia.

∞

En las llanuras ausonias, Eneas apuntaba a Turno con la lanza que de nuevo tenía entre sus manos.

—Ya tienes tu espada —le espetaba el troyano—. Luchemos ahora.

Pero su enemigo no lo oía. Alecto, la terrible erinia, había tomado la forma de una pequeña ave negra y aleteaba alrededor de Turno, envolviéndolo con el pestilente viento que provocaba el batir de sus alas. El cuerpo del rútulo se estremeció al reconocer el funesto olor. La sentía presente, aunque no podía verla. Jamás olvidaría esa sensación desde que la erinia se introdujera en su sueño para dar comienzo a esta guerra. Irracionalmente, se cubrió el cuerpo con su escudo, tratando de repeler su ponzoñoso aliento como si fueran dardos envenenados. Alecto sonreía condescendiente ante su inútil protección. Entonces, rozando con sus alas el escudo, extendió el terror por todos los miembros del rey de Ardea. La voz se pegó a su garganta, y un pavor hasta entonces desconocido erizó el vello de su cuerpo.

En ese momento, Turno trató de escapar, sabiendo que su mente no se equiparaba entonces a las fuerzas de su cuerpo.

Pero la ermita le cortaba siempre el paso, y no le dejaba otro camino que el que conducía a Eneas. Rozando el borde de la locura, Turno encontró una de las enormes piedras que marcaban los límites en los terrenos, tan grande que seis hombres hubieran tenido dificultades para transportarla. Con sus enormes manos, el rútulo tomó la roca y, alzándola con los brazos temblorosos por el esfuerzo, corrió a arrojársela a su enemigo. Sus pies se hundieron en la tierra al lanzar el proyectil, mientras la sangre se agolpaba en su pulso. La roca atravesó girando el vacío, sin apenas acercarse al lugar desde el que lo increpaba Eneas. Sus sentidos, aletargados por la influencia de Alecto, no sabían con exactitud dónde se encontraba su enemigo, ni se definían claros en su mente sus propios deseos.

Desde el otro lado, Eneas, que no había visto al funesto pájaro, levantó su lanza y la arrojó con todas sus fuerzas hacia la armadura de Turno, que resonó contra su escudo con gran estruendo, como las murallas de piedra que un ariete embistiera. Atravesando los siete cercos de la égida, el asta de madera fue a clavarse en el muslo del rútulo, provocando una sangrante herida. Alecto, de nuevo vencedora, regresó a su tenebrosa morada abandonando a Turno, que, herido de muerte, cayó de rodillas en la tierra.

—No voy a implorarte mi vida, troyano, haz uso del derecho que te guardaban los hados —dijo el rútulo con su último aliento—, pero te ruego que respetes la ancianidad de mi padre y le devuelvas mi cuerpo exánime. No dejes que tu rencor sobreviva a mi muerte, pues tuya es ya la mano de Lavinia.

No era necesario que le solicitara tal cosa, pues incluso a Mecencio, enemigo del pueblo etrusco, había dado sepul-

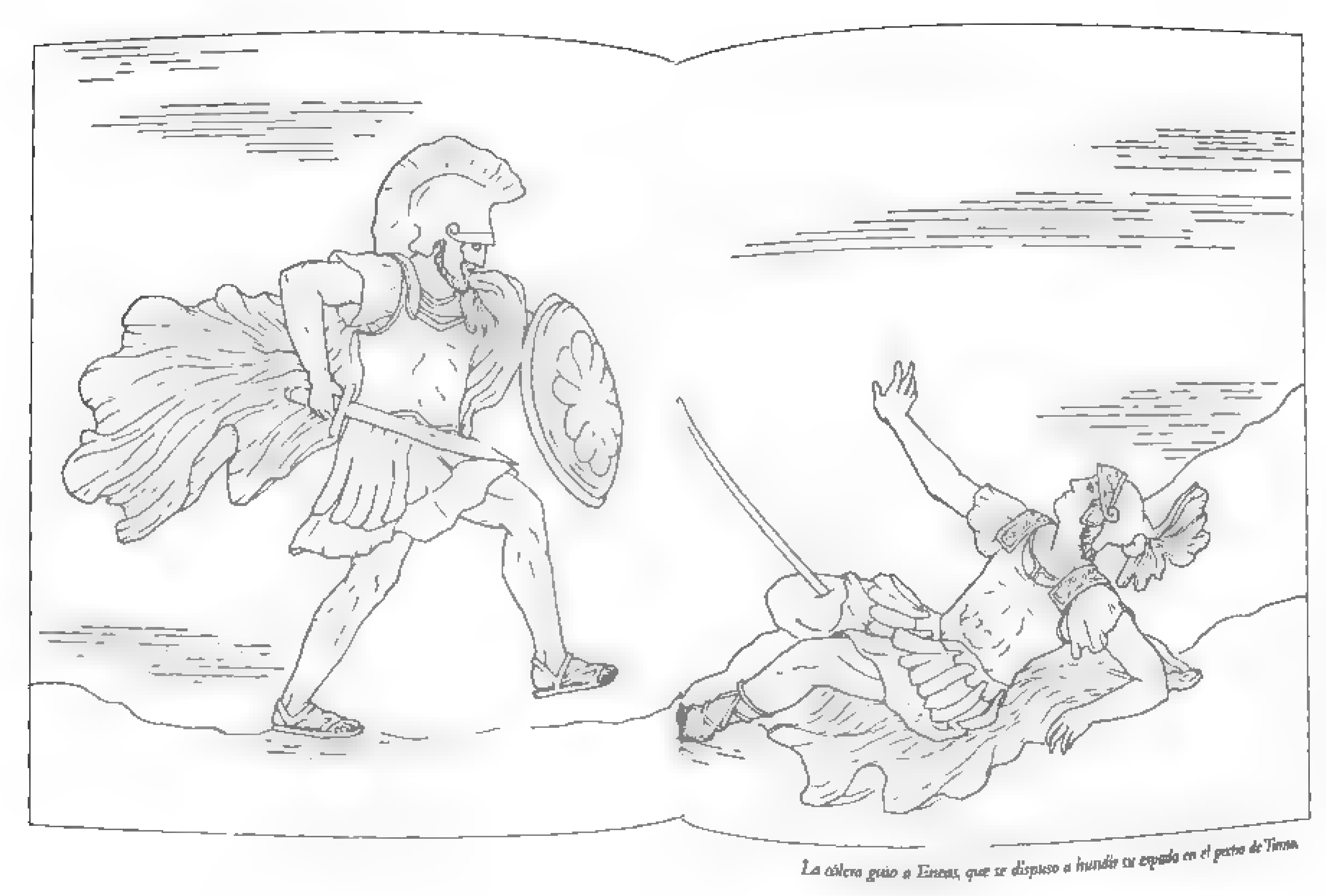
tura junto a su hijo, y nunca estuvo en su pensamiento la intención de entregar el cuerpo de Turno a sus enemigos. Sin embargo, la debilidad de Turno inspiró su piedad, y su mano dudaba a la hora de asestar el fatal golpe, pues no necesitaba su muerte, sino su derrota. Había decidido perdonar la vida a su rival para probar al pueblo latino la honestidad de sus intenciones cuando sus ojos se fijaron en el cinturón con resaltes de oro que llevaba el rútulo ceñido a la cintura. Reconoció al instante el tahalí de cuero de Palante, aquel que no pudo encontrar para sus exequias. Al descubrir entonces el recuerdo del hijo que Evandro le había confiado, la cólera guió el brazo de Eneas, que hundió su espada con cruel violencia en el pecho de su adversario.

—Aunque yo sostenga la espada —decía mientras hundía la punta de metal en su pecho—, es Palante quien te priva de la vida y por mis manos toma venganza.

Dicho esto, el gélido aliento de la muerte invadió los miembros del rey de Ardea que, con un prolongado gemido, huyó hasta la región de las sombras.

❧

Eneas, vencedor, se encontraba en la entrada de la ciudad
situla a lomos del soberbio corcel que el rey Latino le re-
galara cuando aún no había empezado la guerra y todavía
lo deseaba como yerno. Su hijo Ascanio lo acompañaba y,
aunque a unos cientos de metros de distancia aguardase
su ejército, ambos esperaban un aviso a que se abrieran
las puertas para demostrar de este modo a los latinos su
confianza en la alianza de ambos pueblos. Aun así, Eneas
no sabía que le esperaba tras la muralla. Incontables habían



La cólera guió a Eneas, que se dispuso a hundir su espada en el pecho de Turno.

sido las veces, a lo largo de la dilatada travesía por mar que lo llevó desde Troya hasta las llanuras ausonias, en las que, creyendo haber superado todas las dificultades, un revés del destino o la mano de algún dios contrario había desvanecido sus esperanzas. Grandes soldados de los que el mundo entero alabaría las gestas durante siglos habían perdido la vida luchando a su lado o habían entregado la de sus hijos en su nombre, se dijo pensando en el rey Evandro. Su propio padre, Anquises, al que sacara sobre sus hombros del saqueo de Troya, había perecido durante el dilatado viaje sin ver jamás la tierra que a los dárdanos había prometido el oráculo. Él mismo había perdido dos esposas a las que había amado intensamente, pero todo su sufrimiento y el de su pueblo no había bastado para aplacar la ira de Hera. El héroe troyano volvió a fijar sus ojos en las puertas de la muralla. Del destino que ellas aún le ocultaban dependía que pudiera por fin dar por terminado a su éxodo y fundar una nueva nación junto a la sensata y grácil Lavinia. La hija de Latino sería una inestimable compañera en su vida y un bálsamo para su vejez, cuando cediera el trono a su hijo Ascanio y pudiera disfrutar sin responsabilidades de los pequeños placeres que durante tanto tiempo se habían sido negados. Apoyó su mano en el hombro de su hijo, que le devolvió la mirada consecuente del soldado. en una sola guerra había dejado atrás la juventud para convertirse durante su ausencia en el caudillo del ejército troyano. Sería un gran rey, pensó Eneas, si los hados decidían serles favorables.

Un gran revuelo lo sacó de su ensoñación y, ante él, las puertas de la ciudad se abrieron. Cientos de latinos las empujaban. Un camino se despejó entonces entre la multitud,

y por él avanzaba el rey Latino, extendiendo los brazos hacia él. Dos pasos por detrás de su padre, la radiante Lavinia le sonreía francamente.

Entonces se oyó el chirriar metálico de unos goznes lejanos, y un gran estruendo resonó por la llanura ausonia. En ese momento, una paloma ciñó el tocado de la princesa latina con una corona de mirto y rosas y Eneas supo que su madre, la protectora Afrodita, había cerrado por fin las puertas de la guerra.

LA PERVIVENCIA DEL MITO

Gracias a los poetas e historiadores de la época de Augusto, el troyano Eneas se convirtió en el gran ancestro de Roma. Esta quedó así vinculada desde sus inicios al gran pasado heroico representado por la guerra de Troya, el episodio que inauguraba el tiempo histórico según la consideración de la época.

Los antiguos romanos no albergaban duda alguna de que Rómulo y Remo habían sido los fundadores de Roma. Para ellos se trataba de un hecho histórico, no de una leyenda. Pero ¿y antes de ese suceso? Se sabía que los gemelos eran hijos del dios de la guerra, Ares (el Marte romano), y de una vestal, Rea Silvia, hija a su vez de Numitor, el destronado rey de Alba Longa. Pero esto era poco. Desde el siglo III a. C., la Roma republicana había iniciado una expansión que la había convertido en la gran potencia del Mediterráneo occidental junto con Cartago. Apenas una centuria más tarde sería la zona oriental de ese mar la que caería bajo su poder, Grecia incluida. Hacía falta, pues, un título de nobleza que justificara su papel como señora del mundo frente a otros imperios y civilizaciones, y eso es algo que solo un ancestro de prestigio incontestable podía darle. Los romanos lo encontraron en un príncipe troyano, Eneas, que había sobrevivido a la catástrofe de su patria y que, tras muchas peripecias, había recalado en las costas de Italia. Allí, una cerda

blanca le señaló el lugar donde debía fundar una ciudad, Lavinio (actual Pratica di Mare, a 53 kilómetros al sur de Roma), de la que treinta años después partirían los colonos que, al mando del hijo de Eneas, Ascanio, fundaron Alba Longa, origen a su vez, dieciséis generaciones más tarde, de Roma gracias a Rómulo y Remo.



Este relieve en mármol de mediados del siglo II d. C. (British Museum de Londres) representa a Eneas y a su hijo Ascanio en el momento en que, después de desembarcar en el Lacio, descubren la cerda que les indicará el lugar donde fundar su ciudad. Esta acabará recibiendo el nombre de Lavinio en honor a Lavinia, la hija del rey Latino.

EL ANCESTRO DE ROMA

Lo cierto es que la de Eneas no era la única leyenda alusiva a la prehistoria de Roma. Otra bastante extendida es la que señalaba a un tal Romus, hijo de Ulises y la maga Circe, como el fundador de la Ciudad Eterna, a la que habría dado su nombre. Era una

leyenda de origen griego, lo que a ojos romanos resultaba una inaceptable muestra de imperialismo cultural, típico, por otra parte, de un pueblo que se vanagloriaba de ser muy superior a todos sus vecinos. Eneas, en cambio, era un troyano, esto es, un enemigo de esa misma Grecia. Es cierto, pertenecía al bando derrotado en la guerra de Troya, pero contaba a su favor con un linaje divino, pues era hijo de Afrodita, la diosa del amor, y con al menos un par de oscuras profecías que anunciaban su gloria. Una de ellas se encuentra en una obra desde antiguo tan admirada como la epopeya *Ilíada*, de Homero (siglo VIII a. C.): «Pues Zeus ya ha aborrecido a la estirpe de Príamo, y ahora la pujanza de Eneas será soberana de los troyanos, igual que los hijos de sus hijos que en el futuro nazcan». La segunda, en el *Himno a Afrodita* de la colección de *Himnos homéricos*, probablemente del siglo VI a. C.: «Tú [Eneas] tendrás un hijo que reinará entre los troyanos e hijos de sus hijos sin fin nacerán».

Ambas profecías fueron interpretadas por algunos literalmente, en el sentido de que el héroe, tras su periplo por el Mediterráneo, habría regresado a Troya, la habría reconstruido y habría reinado en ella para después dejársela a su hijo Ascanio. Otros, en cambio, vieron en esos versos el anuncio de una ciudad nueva, llamada poéticamente Troya porque troyanos eran sus fundadores, pero destinada a triunfar donde la antigua no pudo y a vengarse de paso de aquellos griegos que la habían destruido. Lo más importante, sin embargo, es que, a través de Eneas, Roma adquirió el título de nobleza que tanto deseaba la ciudad de Rómulo y Remo, tan desdeñosamente vista por los griegos, podía presumir así de hundir sus raíces en el pasado heroico representado por la guerra de Troya.

De todos los mitos fundacionales romanos este fue el que se impuso, hasta el punto de llegar a ser uno de los pilares ideoló-

gicos del imperio que a finales del siglo I a.C. construyó Augusto (63 a.C.-14 d.C.), el primer emperador. El gran artífice de ello fue el poeta Virgilio (70-19 a.C.), cuya *Eneida*, dedicada a las andanzas de Eneas desde que escapa de Troya hasta que se establece en el Lacio italiano, se convirtió en la epopeya nacional romana. Él, sin embargo, no fue el inventor del mito. La primera mención al mismo aparece en un historiador griego del siglo V a.C., Helánico de Lesbos, quien afirmaba que Eneas fundó una ciudad a la que llamó Rhoma, nombre que significa «solidez», «fortaleza» en griego y que era también el de una de las troyanas que acompañaban al héroe. Que el mito se hallaba extendido lo prueba uno de los argumentos esgrimidos por una embajada de la isla griega de Delos que, en el siglo II a.C., quiso concertar una alianza con Roma: Eneas, según ellos, se había detenido en sus costas durante su viaje a Italia. El héroe, pues, era un lazo de unión entre ambos pueblos.

Paralelamente a los poetas, los historiadores se esforzaron también por hacer de Eneas el gran ancestro de Roma. Es lo que debió de hacer Marco Porcio Catón el Viejo (234-149 a.C.) en su obra, hoy perdida, *Orígenes*, y lo que hizo Tito Livio (59 a.C.-17 d.C.), el gran historiador de época augusta y, por tanto, contemporáneo de Virgilio. En el libro I de su *Historia de Roma* narra la llegada de Eneas a Italia y el recibimiento que le hace Latino. Sobre este refiere dos versiones: la primera de ellas apenas es apuntada, pues hace de los troyanos unos vulgares bandoleros entregados al pillaje que, además, derrotan al rey de los aborígenes cuando sale a hacerles frente; la segunda, en cambio, evita el enfrentamiento armado (y consecuentemente, la derrota de los italianos) para resolver la situación en un encuentro en el que Latino «quedó impresionado ante un pueblo y un hombre tan nobles y ante

una entereza por igual dispuesta a la paz que a la guerra, y tendió la mano a Eneas como aval de su futura amistad». Fruto de ese encuentro fue una alianza sellada por el matrimonio del troyano con la hija del rey, Lavinia. El pueblo de los aborígenes y el de los troyanos quedaba así unido en uno solo al que Eneas, en honor a su suegro, llamó «latino».

LA EPOPEYA NACIONAL ROMANA

El interés de los poetas griegos por Eneas no va más allá de sus hechos de armas durante la guerra de Troya y de su huida de la ciudad en llamas con su padre Anquises cargado a la espalda y su hijo Ascanio de la mano. Por la obvia razón de tratarse de su prestigioso ancestro, los romanos no se quedaron ahí. La obra fundamental es la ya mencionada *Eneida*, y ello a pesar de tratarse de un poema que quedó inacabado a la muerte de Virgilio. Con Homero como modelo, los primeros cinco libros de los doce de que consta se dedican a las aventuras de Eneas por el Mediterráneo, especialmente en Cartago, donde entabla una relación con la reina Dido de trágicas consecuencias; los seis últimos refieren los sucesos acontecidos a partir de la llegada del troyano al Lacio. En medio queda el libro VI, cuyo tema son las profecías de la sibila de Cumas y el descenso del héroe al inframundo.

Lo que en otras manos probablemente habría quedado en mera obra propagandística, Virgilio supo convertirlo en una epopeya nacional, y todo gracias a su genio poético. Su final, no obstante, resulta inquietante, sobre todo porque rompe con la imagen que el maestro se esforzó en crear de Eneas como ideal civilizatorio, diferente del arquetipo heroico tradicional propio del mundo ho-

Roma, griega sí o sí

El edificio ideológico construido en tiempos de Augusto para unir Roma y Troya generó todo tipo de respuestas. Una de las más originales es la representada por la *Historia antigua de Roma*, cuyo autor, Dionisio de Halicarnaso (h. 60-7 a.C.), se esforzó, en contra de la línea oficial, por demostrar la esencia helena de los orígenes de la Ciudad Eterna. Eneas tiene un destacado protagonismo en ellos, pero es que para este historiador «el pueblo de los troyanos era griego y partió alguna vez del Peloponeso». ¿Acaso los troyanos no se preciaban de descender de Dárdano, hijo de Zeus y Electra, y nieto de Atlas, rey de Arcadia? También de Arcadia procedían los colonos que fundaron Palanteo y sobre los que reinaba Evandro. Y no menos griegos, solo que de Tesalia, eran los pelasgos, otro pueblo establecido desde tiempos remotos en tierras itálicas. Mas es en su explicación sobre los aborígenes donde Dionisio riza el rizo. Para los romanos, el nombre, derivado de *ab origine* («desde el principio»), confirmaba el carácter autóctono de ese pueblo. El griego acepta esta posibilidad, mas apunta otra que, a su entender, tiene más visos de ser verdadera: «aborigen», según él, se escribía en origen *aberrigines*, del latín *aberrare*, que significa «andar errante». Los aborígenes, por tanto, eran vagabundos extranjeros que, en algún momento, llegaron a Italia. ¿De dónde? De Grecia, por supuesto. En el fondo, toda su obra parece dirigida a hacer más pasable, para él y sus compatriotas, un hecho tan incontestable como que la inculta Roma era la dueña de la civilizada Grecia.

mérico. Es la encarnación de la misión histórica de Roma, tal como se lee en el libro VI: «Tú, romano, recuerda tu misión: ir rigiendo los pueblos con tu mando. Estas serán tus artes: imponer leyes de paz, conceder tu favor a los humildes y abatir combatiendo a los soberbios». Sin embargo, en ese final el troyano cede a un arrebato irracional que lo lleva a dar muerte a un Turno que ya se ha rendido: «Hirviendo en ira le hunde toda la espada en pleno pecho. El frío de la muerte le relaja los miembros y su vida gimiendo huye indignada a lo hondo de las sombras». De este modo acaba la *Eneida*, con un asesinato, como si Virgilio previera el que sería el destino de Roma, la civilizadora, pero también la que castiga de manera implacable a quienes desafían su poder, aunque yazgan indefensos. La lección parece evidente: solo de esta manera, con derramamiento de sangre, se pueden fundar los imperios.

Otro poeta latino que abordó este tema fue Ovidio (43 a.C.-17 d.C.), y lo hizo en su largo poema *Metamorfosis*. La huida de Troya, la llegada al Lacio y la guerra contra Turno son evocadas de modo sucinto, raudo y veloz para acabar culminando en una «Apoteosis de Eneas», es decir, en la divinización final del héroe a instancias de su madre, la diosa Venus: «Atravesando las ligeras brisas en su yunta de palomas alcanza [Venus] la costa laurente, donde el Numicio cubierto de juncos serpentea con sus ondas fluviales hasta el mar vecino. Ordena al río lavar a Eneas de cuanto esté sujeto a la muerte y arrastrarlo al mar en su sigilosa corriente. El astado ejecuta el mandato de Venus y con sus aguas limpia y lava todo lo que era mortal en Eneas; su parte mejor permaneció en él. Así purificado, su madre ungió su cuerpo con un perfume divino, tocó sus labios con ambrosía y dulce néctar y lo hizo un dios, a quien el pueblo de Quirino llama Índiges y lo ha acogido en un templo y en sus altares».

Más recientemente, en 2008, la estadounidense Ursula K. Le Guin (n. 1929) publicó *Lavinia*, una novela en la que la hija de Latino se rebela ante el papel que le dio Virgilio en la *Eneida*: «Es tan aburrido —salvo en el momento en que se me prende el cabello—, tan monótono —salvo cuando mis mejillas de doncella enrojecen como el marfil pintado con tinte carmesí—, tan convencional que ya no puedo seguir soportándolo [...]. Él no me dejó decir una sola palabra, así que habré de arrebatársela». El resultado es una relectura del mito desde una perspectiva femenina y con ese punto mágico y fantástico característico de esta autora.

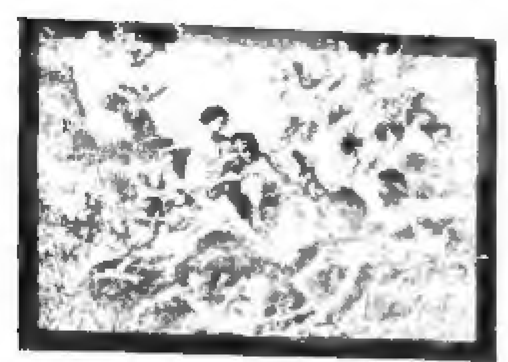
MÁS ALLÁ DE DIDO

Los episodios relacionados con la presencia de Eneas en Italia no han encendido tanto la imaginación de los artistas como aquellos otros que tienen que ver con su dramática huida de Troya o su relación con la reina Dido. Así, la cerámica griega pintada trata solo temas referidos a la famosa guerra troyana, a los que los frescos romanos, como los hallados en Pompeya, suman los que tienen como escenario Cartago.

La situación se repite en la Edad Moderna. Aun así, hay obras de gran interés, como la serie de placas de esmalte atribuida al Maestro de la Eneida y realizada entre 1530 y 1540 en Limoges. Con un estilo todavía más próximo al Gótico que al del humanismo renacentista, en ellas se muestra al rey Latino preparándose para la guerra contra los troyanos, la lucha contra los rútulos o la huida de Turno. Al Barroco pleno pertenece el ciclo *Las historias de Eneas* que Pietro da Cortona (1596-1669) pintó para el Palazzo Pamphilj de Roma. El desembarco de los troyanos en el Tíber, el encuentro

entre Eneas y el rey Evandro, y la muerte de Turno son algunas de las escenas que conforman este ambicioso conjunto, coronado en su fresco central por la asamblea de los dioses olímpicos presidida por Zeus. El virtuosismo técnico, especialmente en lo que atañe al uso de la perspectiva y el trampantojo, resulta admirable, admirable. Lo mismo puede decirse de otro fresco, *La apoteosis de Eneas*, pintado por Girolamo Brusaferro (1684-1760) para decorar uno de los techos de la Villa Valier-Loredan, en la localidad italiana de Vascon di Carbonera, cerca de Treviso. Inspirada en Ovidio, la obra muestra el espíritu del hijo de Afrodita ascendiendo hasta el Olimpo, donde es recibido por los principales dioses.

Uno de los motivos que más ha despertado el interés de los artistas es el de las armas que, por deseo de Afrodita, Hefesto forja para Eneas. Si el italiano Francesco Solimena (1657-1747), el flamenco Anton van Dick (1599-1641) y los franceses Charles-Joseph Natoire (1700-1777) y François Boucher (1703-1770) pintaron a la diosa en el acto de pedir a su esposo ese trabajo, el francés Nicolas Poussin (1594-1665), el holandés Gérard de Lairesse (1641-1711) y el italiano Corrado Giaquinto (1703-1766) abordaron el momento en que, listas las armas, Afrodita se las ofrece a Eneas. Otras obras alusivas al héroe troyano en el Lacio son *Eneas en la corte del rey Latino*, del holandés Ferdinand Bol (1616-1680), y *Eneas vence a Turno*, del italiano Luca Giordano (1634-1705), en la que el pintor capta el instante en que el rútulo, ya vencido, implora piedad. La teatralidad y el efectismo barrocos de todas estas obras deja paso al protagonismo del paisaje en *Paisaje con Ascanio asaetando el ciervo de Silvia*, del francés Claudio de Lorena (h. 1600-1682). La tela, poética como todas las de este maestro gracias a su sensibilidad especial para captar la naturaleza, se tiñe de melancolía gracias a la presencia de las ruinas de un templo.





Arriba, Vulcano presenta a Venus las armas para Eneas (Museo del Louvre de París), una obra de Boucher en la que la sensualidad con que están tratados la diosa del amor y su cortejo, el gusto por lo ornamental y la ligereza de la composición dan cuenta de la sensibilidad rococó. Mucho más dramático es Eneas vence a Turno (Galería Corsini de Florencia) de Giordano, donde el troyano se muestra como la encarnación de lo que será Roma, un imperio capaz de mostrar clemencia, mas no con aquellos que osen desafiar su poder.

LOAS EN HONOR A ENEAS

Para los músicos, Eneas no ha sido tanto el glorioso ancestro de Roma como el ingrato amante de Dido. Es el caso de *Los troyanos*, el monumental fresco que, en pleno Romanticismo, el francés Hector Berlioz (1803-1869) compuso a partir de los primeros cantos de la *Eneida* virgiliana. Su último acto, sin embargo, acaba con la visión que la moribunda reina tiene de una ciudad que llegará a convertirse en la capital del mundo: «¡Ah! Implacable furor… ¡Cartago

perecerá! Roma… Roma… inmortal», son las proféticas palabras que profiere Dido, mientras en la orquesta resuenan los ecos de la marcha troyana convertida ya en canto de triunfo romano.

A través de una música de líneas neoclásicas y apolíneas, el ballet *Eneas*, del francés Albert Roussel (1869-1937), recrea al héroe en su camino hacia el Lacio y deteniéndose en el antro de la Sibila de Cumas para conocer su porvenir. Allí tiene la revelación de las pruebas que le esperan, pero también de la que será su obra si consigue superarlas: la grandeza y la paz romanas. «Nosotros hemos reducido a los soberbios, nuestras leyes reinan sobre todos. Loado seas, Eneas, padre de nuestra grandeza; Eneas, padre de Roma, loado sea tu nombre, loada sea tu obra, loado sea tu recuerdo», canta el coro en el himno final. La obra, pues, no exalta al guerrero ni al amante, sino al fundador de una nueva civilización.

El hijo de Eneas y Creúsa es el protagonista de la serenata pastoral *Ascanio en Alba*, compuesta por un Wolfgang Amadeus Mozart (1756-1791) de tan solo quince años. En ella se narran las vicisitudes de Ascanio para conquistar el amor de la ninfa Silvia. Gracias a las artes de la diosa del amor, ambos consiguen al fin unirse, tras lo cual parten para fundar Alba Longa y perpetuar así la estirpe de Eneas. Escrita para celebrar el matrimonio en Milán del archiduque Fernando de Austria y la princesa María Beatriz de Este, la obra tiene una intención moral (la exaltación de la virtud de los contrayentes y futuros gobernantes) que queda en segundo plano gracias a la frescura de la inspiración mozartiana.

Índice